# ALMANAQUE
## SUD-AMERICANO



# 1893

# Almanaque

## SUD-AMERICANO

REDACTADO POR

Casimiro Prieto y Valdés

BUENOS AIRES
EL SIGLO ILUSTRADO
CERRITO, 170 Y 174

MONTEVIDEO
ANDRÉS RIUS
SORIANO, 155 Y 157



## COLABORADORES

# del Almanaque en 1893

### SEÑORAS

Adela Castell, Dorila Castell de Orozco, Carolina Freyre de Jaimes, Juana Manuela Gorriti, Lastenia Larriva de Llona y Amalia Puga.

### SEÑORES

Álvarez, Balaguer, Bares, Berisso, Bermúdez, Blixen, Bremón, Campoamor, Castellanos, Cordero, Corpancho, Costa, Chaves, Darío, Delgado, Díaz, Echegaray, Echeverría, Estremera, Feliu y Codina, García, García Mérou, García Velloso, González (Ladislao), González (J. V.), Goyena, Granada, Gras y Elías, Guido y Spano, Gutiérrez Nájera, Jordán, Latzina, López Benedito, Llanas, Llona, Malagarriga, Martel, Matta, Mendes (Cátulo), Méndez (Gervasio), Mestres (Apeles), Moncloa y Covarrubias, Montes, Núñez de Arce, Obligado, Ortega, Oyuela, Palacio (Manuel del), Palma, Peza, Puelma, Puga y Acal, Querol, Rivas Groot, Roca y Roca, Rodríguez Correa, Rueda, Sánchez, Santero, Sienra Carranza, Trajano Mera, Urbina, Velarde, Villafañe, Zapata, etc., etc.

### ARTISTAS

Cabrinety, Diéguez, Llovera, Mestres, Pascó, Pellicer, Planas, Ross y Vehil

# ÍNDICE LITERARIO

# ÍNDICE ARTÍSTICO

## PASCÓ (J.)



## PELLICER (José Luis)



## PLANAS (Eusebio)



## ROSS (Paciano)



## VEHIL (J.)



# Apeles Mestres

ILUSTRE DIBUJANTE ESPANOL Y DISTINGUIDO LITERATO

# APELES MESTRES

Quien no lo conozca como poeta, lo ha de conocer seguramente como dibujante. Sus trabajos han recorrido todo el mundo civilizado, y hoy es difícil que en Europa, y aun en América, haya alguna persona, de las que hojean revistas periódicas y libros ilustrados, que no haya admirado más de una vez los dibujos de Apeles Mestres. Aquella gracia, aquel gusto artístico, aquellas líneas que parecen trazadas sin esfuerzo, como al acaso, pero que envuelven una idea, una sátira ó una enseñanza, revelan desde el primer momento el lápiz de Mestres.

Como escritor y como artista es una de las figuras que más relieve ofrecen en el moderno renacimiento literario catalán; y si de vista son muchos los que le conocen, los que lo tratan son menos, y los que lo tratan íntimamente contadísimos. Vive retraído, casi solitario, en su nido de la Gran Vía de Barcelona. Allí se ha formado el notable artista y allí se ha modelado su carácter. No lo saquéis de su casa, que en ella tiene todo lo que apetece y todo lo que necesita: una familia que le adora, una esposa que le idolatra y le alienta y comparte con él sus goces y sus triunfos.

El saloncito donde recibe las visitas encierra un conjunto de preciosidades y de hermosos recuerdos: cuadros, espejos, bronces, libros de lujo y códices; en otro salón inmediato continúa la instalación de objetos artísticos, distinguiéndose un gran número de primores japoneses, de cuyo elegante arte es el artista admirador entusiasta. Para su vida íntima está destinada la parte interior de la casa, en el salón de labor de su esposa y aquel comedor adornado, como las demás habitaciones, con magníficos objetos de arte, entre los que descuellan preciosos y antiguos platos, y donde la luz penetra filtrándose entre los árboles del jardín.

En las piezas altas de la casa tiene el artista su taller, uno

de los más curiosos de Barcelona. ¡Qué diversidad de objetos, desde los de más mérito hasta los más fútiles! Allá se ven pinturas y muebles antiguos, tapices, vestidos, armas, uniformes, esculturas, álbums, fotografías, un esqueleto presidiendo impasible aquel desorden, una magnífica colección de minerales, distintos animales disecados y un sin fin de objetos, hermosos unos con la hermosura del arte; otros, acentuadamente cómicos, con aquella nota humorística que caracteriza al poeta y al artista.

Mestres mima á todos aquellos objetos, los cuida, y en cierto modo los quiere, como si estuviesen animados de vida y sentimiento, y fuesen capaces de corresponder á su cariño. Él sabe cuánto le ha costado recogerlos en sus excursiones por Europa y sabe también la utilidad que le prestan en su carrera de dibujante.

Allá, en su taller, conserva además algo que le es aún más personal: nos referimos á sus estudios y dibujos, casi desde el primero hasta el último. Asombra considerar el cúmulo de trabajo que représentan, y admira el progreso incesante que revelan aquellos millares de producciones.

Mestres, que empezó á ilustrar para el público en 1874,—contaba entonces diez y nueve años—estima en unos diez y seis mil los dibujos que hasta el presente lleva publicados.

¡Y qué ligereza de mano, qué golpe de vista tan certero, qué intención y qué elegancia!... Y todas estas cualidades innatas, perfeccionándose gradualmente, adquiriendo cada día mayor solidez y fijeza...

Como detalle íntimo del artista debe citarse su *Libro verde*, una colección inédita de dibujos, de ideas originales, de chistosas ocurrencias, de reflejos humorísticos. Trazados en los días de juventud—una juventud enfermiza—con ellos apagaba Mestres la fiebre devoradora que le consumía. Los médicos teníanle prohibido todo género de trabajo, y el enfermo dibujaba por desahogarse. Cada uno de aquellos dibujos es una carcajada contagiosa... hasta he llegado á creer que la risa es más eficaz que todos los medicamentos. ¡Qué sabían los médicos de curar al artista, enfermo más de una

plétora de ideas que de un mal susceptible de ceder á la acción de las pócimas de botica!

Lo mismo que sus dibujos, y quizás con más cuidado, guarda Mestres, ordenados y clasificados por fechas, sus numerosos escritos. Si como dibujante se tiene de él un concepto completo y exacto, como poeta, por apreciado que sea—y lo es mucho—no es aún bastante conocido, debido á que muchas de sus producciones permanecen todavía inéditas.

Y es un poeta notable, fecundo como pocos, enamorado como ninguno del arte divino de la rima. Creemos que ha tomado el arte de dibujar como un simple medio, muy honroso tal como él lo practica, con una grande é incorruptible dignidad; pero en cuanto al arte de escribir, lo considera como una vocación, como un trabajo de orden superior. Si le dijesen: «El arte y la poesía son incompatibles: es preciso que dejes de dibujar ó que dejes de escribir,» Apeles Mestres arrojaría el lápiz, por no dejar de ser poeta.

Y hay razón para creerlo así. Siempre que muestra un dibujo nuevo á sus amigos, lo hace sin darle importancia. En cambio, cuando nos lee una nueva inspiración, de aquellas que él sólo sabe concebir y cincelar ¡oh! entonces es de ver la animación que se refleja en su mirada, la atención con que escucha el juicio siempre sincero del amigo á quien consulta. Y no sólo sus obras acabadas, sino también sus bosquejos y sus proyectos son el tema predilecto de sus conversaciones. ¿Queréis tenerlo satisfecho? Habladle de literatura.

Y él sabe bien que los versos, al revés de sus dibujos que se los pagan, y se los pagan á alto precio, no se cotizan en el mercado. No importa: tal vez porque el amor no es tal amor si no es absolutamente desinteresado, ama á la poesía sobre todo: aquella poesía suya, siempre real y humana, siempre elegante y exenta de impurezas; aquella poesía suya que ya en su juventud, con el *Avant*, el *Microcosmos*, y las *Canciones ilustradas*, revelaba una gran originalidad y una audacia de pensamiento no común, y que más tarde aparece depurada y primorosa hasta lo inconcebible en *L'ánima enamorada*, en los *Idilis*, y en los poemas *Margaridó* y *Gaziel*,

verdaderas joyas por la concepción y por la forma; aquella poesía suya, propia, personal, característica, que se aplaude en sus *Baladas*, en sus *Cants íntims*, en su *Garba*, en su *Vobiscum*, y que se aplaudirá más tarde en otras composiciones, cuya gestación se encuentra á la fecha muy adelantada.

El poeta se encariña con sus obras: las piensa largamente, las escribe en las horas de inspiración—que en él son muchas—y por fin, las lima, las depura con extremada delicadeza, las olvida, y un día en que descubre lo que antes no había sabido ver, las da á la luz, y cuando él las publica bien puede afirmarse que es porque está satisfecho de ellas... y el público las saborea tan satisfecho como su propio autor.

Indicar cuáles son sus ideales, cuáles sus tendencias y quiénes los autores que más venera, estaría fuera de lugar en el presente artículo, de carácter íntimo.

Pero sí consignaré que el hombre, lo mismo que el escritor y el artista, es un enamorado de la Naturaleza. Es seguro que fuera de las horas de la mañana que dedica á su trabajo de dibujante, con un método y asiduidad que explican la asombrosa profusión de sus dibujos, si no se le encuentra leyendo ó escribiendo, se le sorprende con la regadera en las manos, refrescando las flores de su jardín, ó plantando semillas, ó podando una planta, ó examinando una hoja, no como botánico, sino como artista.

Si no se encuentra en su casa, no hay que buscarlo en el café, ni en el club, porque no va jamás: al teatro muy pocas veces, y á los paseos no muchas: donde va siempre que puede y la salud se lo permite, es á las vecinas montañas, á gozar en la contemplación de su enamorada Naturaleza, admirándola en todo su esplendor, desde el azul del cielo, hasta el más pequeño insecto que se esconde rápidamente bajo las hojas de las plantas silvestres. Allí y sólo allí encuentra deleite é inspiraciones. Todo lo que existe le habla con voz clara y precisa, y nadie mejor que él sabe traducir este lenguaje, tanto con el lápiz como con la pluma. Todas sus obras son hijas de la observación. Su credo puede resumirse así:

—¡Creo en la Naturaleza!

J. Roca y Roca.



# ENERO

1 D. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
2 L. S. Isidoro, obispo y mártir.
*luna llena á las 10 y 1 m. de la mañana.*
3 M. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
4 M. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 J. Stos. Telesforo, p. y m. y Eduardo.
6 V. ADORACION DE LOS STOS. REYES.
7 S. S. Julián, m.—ABRENSE LAS VELACIONES.
8 D. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
9 L. S. Fortunato, mr., y sta. Basilisa, mr.
*cuarto menguante á las 6 y 31 m. de la tarde.*
10 M. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arz.
11 M. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
12 J. S. Benedicto, obispo.
13 V. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, ob.
14 S. S. Hilario, obispo.
15 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—Santos Pablo, primer ermitaño y Mauro.
16 L. Stos. Marcelo, p. y m. y Fulgencio, ob.
17 M. Stos Antonio Abad y Sulpicio.
*luna nueva á las 9 y 45 m. de la noche.*
18 M. La cátedra de san Pedro en Roma, y sta. Liberata, virgen.
19 J. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
20 V. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
21 S. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
22 D. N. Sra. de Bethlehém.— Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
23 L. Stos. Ildefonso, arz. y Raimundo de P.
24 M. N. Sra. de la Paz y s. Timoteo, ob.
25 M. La Conversión de san Pablo, ap.
*cuarto creciente á las 3 de la mañana.*
26 J. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, v.
27 V. S. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.
28 S. S. Julián, obispo y confesor.
29 D. *De Septuagésima.* — Dedicación de esta Sta. Catedral.—Stos Valerio y Francisco de Sales.
30 L. S Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
31 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* S. Pedro Nolasco.—*40 hs. en la Merced.*
*luna llena á las 10 y 39 de la noche.*



## FEBRERO

1 M. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. y mr.
2 J. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA. Stos. Firmo y Cándido.
3 V. Stos. Blas, ob y Laurentino, mrs.
4 S. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato.
5 D. *De Sexagésima.* — S. Albino, ob. y santa Agueda, virgen.
6 L. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires.
7 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* —Stos. Romualdo, ab. y Ricardo, rey.
8 M. Stos. Juan de Mata, Lucio y Ciriaco.

*cuarto menguante á las 4 y 1 m. de la tarde.*

9 J. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
10 V. Stos. Ireneo, Amancio y Escolástica.
11 S. Stos. Félix, mr., y Saturnino, papa.
12 D. *De Quincuagésima.—Ind. de 40 h. en las Catalinas.* — Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.—CARNAVAL.
13 L. S. Benigno, mr., y sta. Catalina, vr.
14 M. S. Valentin. CIÉRRENSE LAS VELACIONES.
15 M. CENIZA.—*Abs. y ayuno* —S. Faustino mr. —*Principia el ayuno cuaresmal.*
16 J. Stos. Gregorio, p. y Elías, profeta.

*luna nueva á la 1 y 5 m. de la tarde.*

17 V. *Abstin.*—Stos. Rómulo, mártir y Julián. — La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
18 S. Stos Simeón ob. y Claudio, mrs.
19 D. *1.º de Cuaresma.*—Stos. Gavino y Marcelo, mrs.
20 L. Stos. Eleuterio, ob. y Nemesio, mrs.
21 M. Stos. Félix, ob. y Fortunato, mr.
22 M. *Témporas.*—La cátedra de s. Pedro en Antioquía y sta. Margarita.
23 J. Stos. Pedro Damián, ob. y Policarpo.

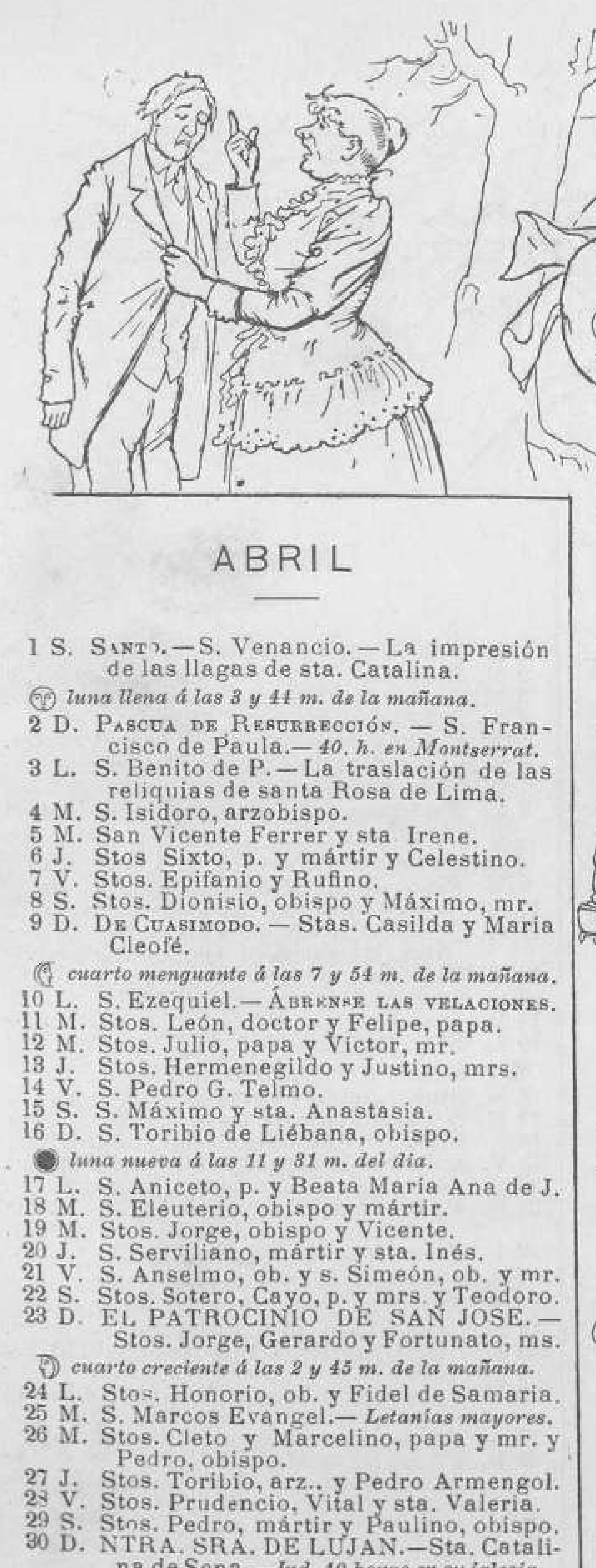
*cuarto creciente á las 11 y 7 m. de la mañana.*

24 V. *Témp.—Abst.*— Stos. Matías y Modesto. —La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
25 S. *Témporas.*— S. Sebastián.
26 D. *2.º de Cuaresma.*—N. Sra. de Guadalupe —S. Alejandro.
27 L. S. Baldomero, cfr.
28 M. Stos. Justo y Rufino, mrs.



# MARZO

1 M. S. Rudesindo, obispo.
2 J. Stos. Heraclio, mr. y Florencio.
*luna llena á las 12 y 39 m. del día.*
3 V. *Abs.* — La Sta. Sábana de N. S. J. C. — Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
4 S. S. Casimiro, confesor.
5 D. *3.º de Cuaresma.* — S. Adrián, mártir.
6 L. S. Olegario, ob. y Victoriano, mártir.
7 M. Sto. Tomás de Aquino.
8 M. S. Juan de Dios.
9 J. Sta. Francisca Romana, virgen.
10 V. *Abst.* — S. Melitón y los 40 mártires. — Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
*cuarto menguante á la 1 y 10 m. de la tarde.*
11 S. S. Zacarías, padre de S. Juan Bautista.
12 D. *4.º de Cuaresma.* — S. Gregorio.
13 L. Stos. Leandro, obispo y Macedonio.
14 M. Stas. Florentina, vrg. y Matilde, reina.
15 M S. Raimundo, abad.
16 J. Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
17 V. *Abst.* — La Sma. Sangre de N. S. J. C. — S. Patricio y sta. Gertrudis.
18 S. S. Gabriel arcángel. — Reseña.
*luna nueva á la 1 y 31 m. de la mañana.*
19 D. ✠ De Pasión. — EL PATRIARCA SAN JOSE. — Reseña.
20 L. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.
21 M. S. Benito abad. OTOÑO.
22 M. Stos. Deogracias, ob. y Octaviano.
23 J. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
24 V. *Abst.* — Los siete Dolores de María Sma. — Stos. Agapito, ob. y Dionisio.
*cuarto creciente á las 6 y 41 m. de la tarde.*
25 S. LA ENCARNACION DE N. S. J. C. — S. Ireneo. — Reseña.
26 D. De Ramos. — S. Manuel. — Reseña.
27 L. Santo. — S. Ruperto, obispo y confesor.
28 M. Santo. — Stos. Sixto, p. y Doroteo, mr.
29 M. Santo. — Stos. Cirilo y Pastor. — *Ay. y abst. hasta el Sábado Santo inclusive.* — Reseña.
30 J. Santo. — S. Juan Clímaco.
31 V. Santo. — S. Benjamín y santa Balbina.



## ABRIL

1 S. Santo.—S. Venancio.—La impresión de las llagas de sta. Catalina.

*luna llena á las 3 y 44 m. de la mañana.*

2 D. Pascua de Resurrección. — S. Francisco de Paula.—*40. h. en Montserrat.*
3 L. S. Benito de P.—La traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima.
4 M. S. Isidoro, arzobispo.
5 M. San Vicente Ferrer y sta Irene.
6 J. Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.
7 V. Stos. Epifanio y Rufino.
8 S. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mr.
9 D. De Cuasimodo. — Stas. Casilda y María Cleofé.

*cuarto menguante á las 7 y 54 m. de la mañana.*

10 L. S. Ezequiel.—Ábrense las velaciones.
11 M. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
12 M. Stos. Julio, papa y Víctor, mr.
13 J. Stos. Hermenegildo y Justino, mrs.
14 V. S. Pedro G. Telmo.
15 S. S. Máximo y sta. Anastasia.
16 D. S. Toribio de Liébana, obispo.

*luna nueva á las 11 y 31 m. del dia.*

17 L. S. Aniceto, p. y Beata María Ana de J.
18 M. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 M. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
20 J. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.
21 V. S. Anselmo, ob. y s. Simeón, ob. y mr.
22 S. Stos. Sotero, Cayo, p. y mrs. y Teodoro.
23 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSE.—Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, ms.

*cuarto creciente á las 2 y 45 m. de la mañana.*

24 L. Stos. Honorio, ob. y Fidel de Samaria.
25 M. S. Marcos Evangel.—*Letanías mayores.*
26 M. Stos. Cleto y Marcelino, papa y mr. y Pedro, obispo.
27 J. Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol.
28 V. Stos. Prudencio, Vital y sta. Valeria.
29 S. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
30 D. NTRA. SRA. DE LUJAN.—Sta. Catalina de Sena.—*Ind. 40 horas en su iglesia.*

*luna llena á las 7 y 33 m. de la tarde.*



# MAYO

1 L. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 M. Stos. Anastasio, ob. y Celestino, mr.
3 M. La Inv. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 J. S. Silvano, ob. y sta. Mónica, viuda.
5 V. S. Pio V y la Conversión de s. Agustín.
6 S. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 D. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 L. *Rogaciones.* — La aparición de s. Miguel arcángel.

*cuarto menguante á las 10 y 59 m. de la noche.*

9 M. *Rogac.*—S. Gregorio Nacianceno, ob.
10 M. *Rogac.*—Stos. Antonio, arzob. y Cirilo.
11 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. — Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mr.
12 V. Sto. Domingo de la Calzada.
13 S. Stos. Segundo y Pedro Regalado.
14 D. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
15 L. Stos. Isidro labrador y Torcuato.

*luna nueva á las 7 y 36 m. de la tarde.*

16 M. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.
17 M. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, v. m
18 J. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 V. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.
20 S. *Abst. y ay.*—S. Bernardino de Sena.
21 D. PASCUA DEL ESP. SANTO. — S. Timoteo, ob y mr.—*Indul. de 40 h. en Mont.*
22 L. Stas. Rita de Casia y Quiteria, v. y m.

*cuarto creciente á las 12 y 4 m. del día.*

23 M. Stos. Desiderio, ob. y Vicente, presb.
24 M. *Témp. y ay.* —Stas. Afra y Susana, mrs.
25 J. Stos Gregorio VII y Urbano.—FIESTA CIVICA.
26 V. *Témp. y ay.*— Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
27 S. *Témps. y ay* —S. Juan, papa y mártir.
28 D. LA SANTISIMA TRINIDAD.— *Titul. de esta archidiócesis.*—Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs —*Ind. de 40 h. en la Cated.*
29 L. Stos. Máximo, ob. y Alejandro, mr.
30 M. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.

*luna llena á las 11 y 24 m. del día.*

31 M. Sta. Angela de Merici.



# JUNIO

1 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—Stos. Segundo y Fortunato.
2 V. S. Marcelino y compañeros, mártires.
3 S. S. Isaac, conf. y santa Paula, virgen.
4 D. S. Francisco Caracciolo y santa Saturnina, martir.
5 L. Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mártires.
6 M. S. Norberto, ob. y sta. Paulina, mr.
7 M. Stos. Pablo, ob., Pedro y comps. mrs.

*cuarto meng. á las 10 y 31 m. de la mañana.*

8 J. S. Salustiano.
9 V. El Sag. Corazón de Jesús.—Stos. Primo y Feliciano, mrs. — *40 h. en San Ignacio.*
10 S. S. Zacarías, mr. y sta. Margarita, reina.
11 D. El Purísimo Corazón de María.—S. Bernabé, apóstol.
12 L. S. Juan de Sahagún.
13 M. S. Antonio de Padua.
14 M. Stos. Basilio, ob. y dr. y Eliseo, prof.

*luna nueva á la 2 y 42 m. de la mañana.*

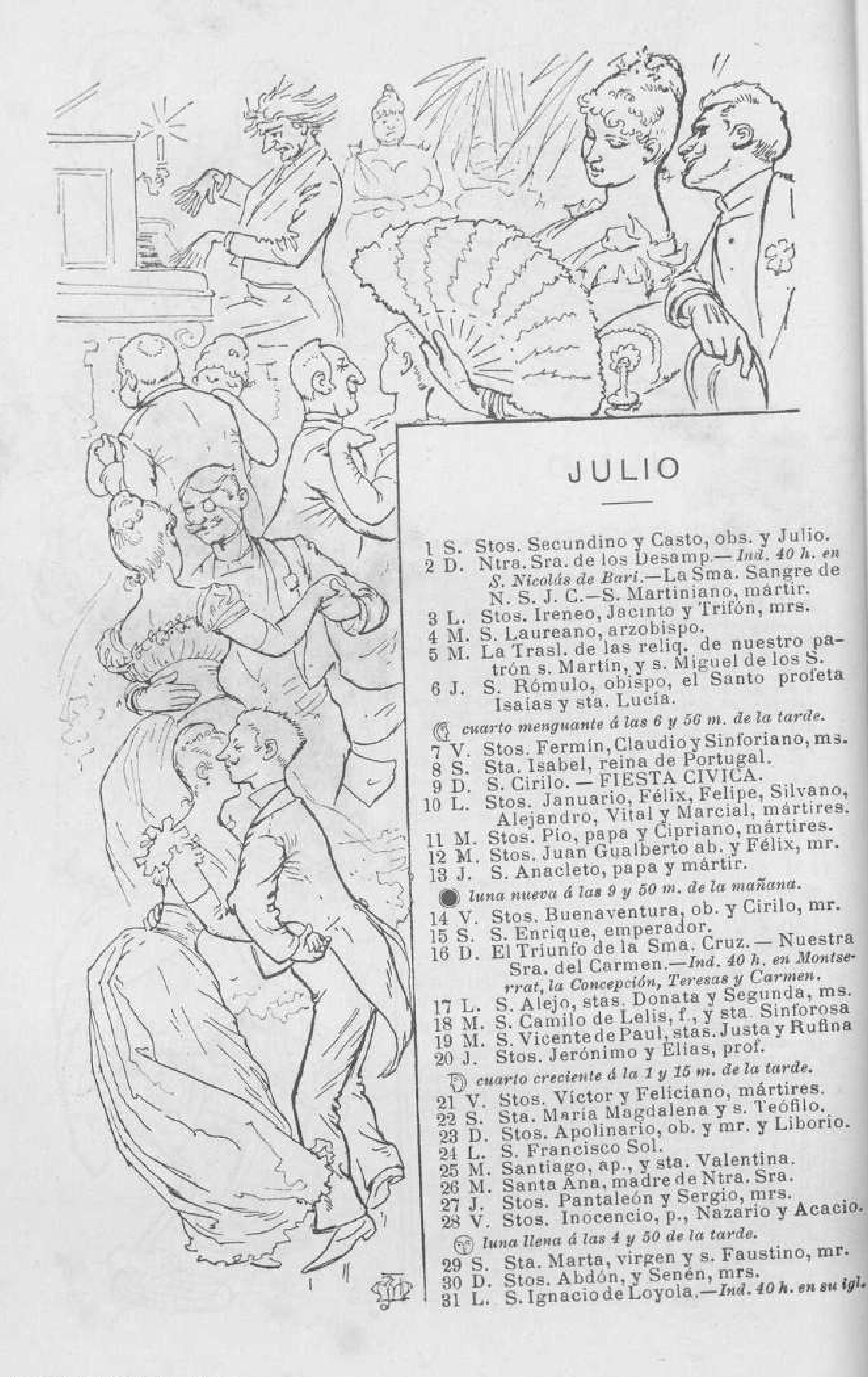
15 J. Stos. Vito y Modesto, mártires.
16 V. S. Aureliano, obispo.
17 S. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano.
18 D. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, ms
19 L. Stos. Gervasio y Protasio, ms. y santa Juliana, virgen.
20 M. Sta. Florentina, virgen.

*cuarto creciente á las 11 y 24 m. de la noche.*

21 M. S. Luis Gonzaga.—*Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 J. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, m.
23 V. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
24 S. LA NATIVIDAD DE S. JUAN B.
25 D. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
26 L. Stos. Juan y Pablo, hermanos mrs.
27 M. Stos. Zoilo, mr. y Ladislao, rey.
28 M. *Abst. y ay.*—Stos. León, p. é Ireneo, ob.
29 J. S. PEDRO Y S. PABLO.—*40 h. en la Cat.*

*luna llena á la 2 y 38 m. de la mañana.*

30 V. Conm. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana.



# JULIO

1 S. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio.
2 D. Ntra. Sra. de los Desamp.—*Ind. 40 h. en S. Nicolás de Bari.*—La Sma. Sangre de N. S. J. C.—S. Martiniano, mártir.
3 L. Stos. Ireneo, Jacinto y Trifón, mrs.
4 M. S. Laureano, arzobispo.
5 M. La Trasl. de las reliq. de nuestro patrón s. Martín, y s. Miguel de los S.
6 J. S. Rómulo, obispo, el Santo profeta Isaias y sta. Lucía.

*cuarto menguante á las 6 y 56 m. de la tarde.*

7 V. Stos. Fermín, Claudio y Sinforiano, ms.
8 S. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 D. S. Cirilo. — FIESTA CIVICA.
10 L. Stos. Januario, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mártires.
11 M. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
12 M. Stos. Juan Gualberto ab. y Félix, mr.
13 J. S. Anacleto, papa y mártir.

*luna nueva á las 9 y 50 m. de la mañana.*

14 V. Stos. Buenaventura, ob. y Cirilo, mr.
15 S. S. Enrique, emperador.
16 D. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Nuestra Sra. del Carmen.—*Ind. 40 h. en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.*
17 L. S. Alejo, stas. Donata y Segunda, ms.
18 M. S. Camilo de Lelis, f., y sta. Sinforosa
19 M. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina
20 J. Stos. Jerónimo y Elías, prof.

*cuarto creciente á la 1 y 15 m. de la tarde.*

21 V. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
22 S. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 D. Stos. Apolinario, ob. y mr. y Liborio.
24 L. S. Francisco Sol.
25 M. Santiago, ap., y sta. Valentina.
26 M. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
27 J. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs.
28 V. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio.

*luna llena á las 4 y 50 de la tarde.*

29 S. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
30 D. Stos. Abdón, y Senén, mrs.
31 L. S. Ignacio de Loyola.—*Ind. 40 h. en su igl.*



## AGOSTO

1 M. Stos. Pedro Advincula, y Domiciano.
2 M. N. Sra. de los Angeles, stos. Estéban, Pedro de O. y Alfonso M. de Ligorio. —*Jubileo de Porciúncula.*
3 J. Inven. de s. Esteb., pr.-mr., y s. Eufronio.
4 V. S. Domingo de Guzmán, fr.—*Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
5 S. Ntra. Sra. de las Nieves.—S. Osvaldo.

*cuarto menguante á la 1 y 24 m. de la mañana.*

6 D. La Transfig. de N. S. J. C., s. Sixto, p.
7 L. Stos. Cayetano, fdr., Pedro y Julián.
8 M. Stos. Ciriaco, Eleuterio y comps. mrs.
9 M. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
10 J. S. Lorenzo, mr. y sta. Paula, v. y mr.
11 V. Stos. Rufino, Tiburcio, y sta. Susana.

*luna nueva á las 6 y 2 m. de la tarde.*

12 S. Sta. Clara, v. — *Pat. menor de esta ciudad por su reconquista.— Ind. 40 h. en S. Juan.*
13 D. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena.
14 L. *Abst. y ay* —S. Eusebio, mr.
15 M. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SMA.
16 M. S. Roque.— *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
17 J. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 V. Stos. Floro y Agapito.
19 S. Stos. Luis, ob., Julio y Andrés, mrs.

*cuarto creciente á las 5 y 37 m. de la mañana.*

20 D. S. JOAQUÍN, PADRE DE NTRA. SRA., S. Bernardo ab. y el santo profeta Samuel.
21 L. Sta. Juana Francisca de Chantal.
22 M. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
23 M. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 J. Stos. Bartolomé, ap. y Romano, ob.
25 V. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 S. Stos. Ceferino, Ireneo y Adriano, ms.
27 D. S. José de Calasanz.

*luna llena á las 5 y 40 m. de la mañana.*

28 L. Stos. Agustín, ob. y dr., y Bibiano, ob.
29 M. Sta. Cándida, virgen.
30 M. SANTA ROSA DE LIMA, vn., patrona principal de esta América Meridional.— *Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*
31 J. S. Ramón N.—*Ind. de 40 h. en la Merced.*



# SEPTIEMBRE

1 V. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
2 S. Stos. Antonino, mártir, Esteban, rey y sta. Máxima, mártir.
3 D. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia.

*cuarto menguante á las 7 y 2 m. de la mañana.*

4 L. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, vgn. y s. Silvano, mártir.
5 M. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano.
6 M. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
7 J. S. Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
8 V. ✠ LA NAT. DE MARÍA SMA.—*Ind. de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y Mont.*
9 S. S. Jerónimo y sta. María de la Cabeza.
10 D. EL DULCE N. DE MARÍA.—Stos. Nicolás de Tolentino, y Lucio.

*luna nueva á las 4 y 12 m. de la mañana.*

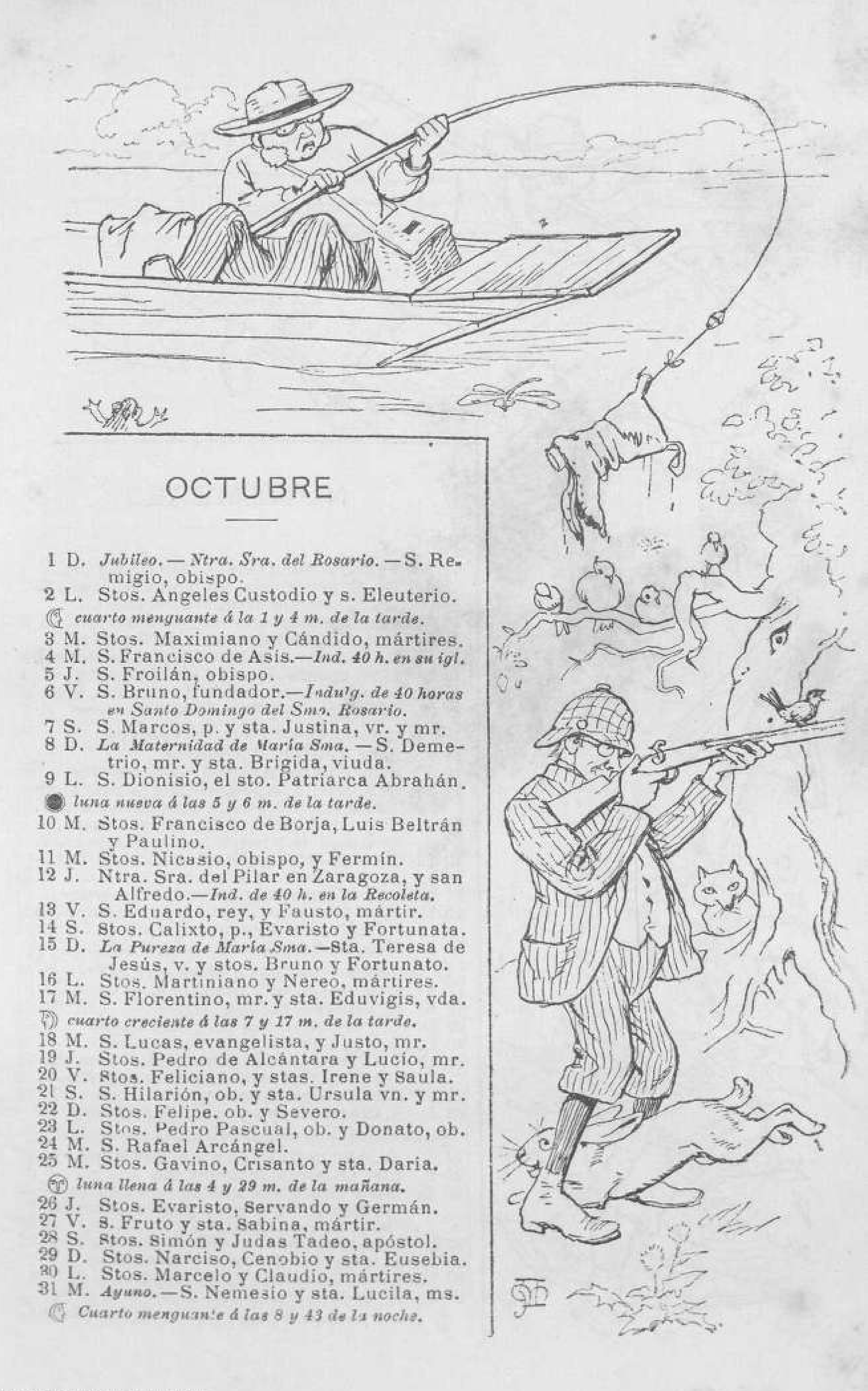
11 L. S. Emiliano, obispo y mártir.
12 M. S. Serapio y Leoncio, mrs.
13 M. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
14 J. La Exaltación de la Sma. Cruz.—*Indulgencia de 40 h. en el Socorro.*
15 V. Sta. Melitona.
16 S. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
17 D. La Conmem. de los Dolores de la Santísima Virgen.—S. Pedro de Arbués.

*cuarto creciente á las 12 y 3 m. de la noche.*

18 L. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía.
19 M. S. Genaro y compañeros, mártires.
20 M. *Témp. y ayuno.*—S. Eustaquio.
21 J. S. Mateo, apóstol. PRIMAVERA.
22 V. *Tém. y ay.*—S. Mauricio y comps. mrs.
23 S. *Témp. y ay.*—Stos. Lino, p. y Constancio.
24 D. Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Ind. de 40 horas en su iglesia.*—S. Gerardo, ob.
25 L. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).

*luna llena á las 5 y 30 m. de la tarde.*

26 M. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
27 M. Stos. Cosme y Damián, hermanos ms.
28 J. S. Wenceslao, y el b. Simón de Rojas.
29 V. Dedicación de s. Miguel Arcángel.—*Indulg. de 40 horas en su iglesia.*
30 S. S. Jerónimo, dr. y sta. Sofía, viuda.



# OCTUBRE

1 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Remigio, obispo.
2 L. Stos. Angeles Custodio y s. Eleuterio.
*cuarto menguante á la 1 y 4 m. de la tarde.*
3 M. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
4 M. S. Francisco de Asis.—*Ind. 40 h. en su igl.*
5 J. S. Froilán, obispo.
6 V. S. Bruno, fundador.—*Indulg. de 40 horas en Santo Domingo del Smo. Rosario.*
7 S. S. Marcos, p. y sta. Justina, vr. y mr.
8 D. *La Maternidad de María Sma.*—S. Demetrio, mr. y sta. Brigida, viuda.
9 L. S. Dionisio, el sto. Patriarca Abrahán.
*luna nueva á las 5 y 6 m. de la tarde.*
10 M. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.
11 M. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
12 J. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Alfredo.—*Ind. de 40 h. en la Recoleta.*
13 V. S. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
14 S. Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata.
15 D. *La Pureza de María Sma.*—Sta. Teresa de Jesús, v. y stos. Bruno y Fortunato.
16 L. Stos. Martiniano y Nereo, mártires.
17 M. S. Florentino, mr. y sta. Eduvigis, vda.
*cuarto creciente á las 7 y 17 m. de la tarde.*
18 M. S. Lucas, evangelista, y Justo, mr.
19 J. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
20 V. Stos. Feliciano, y stas. Irene y Saula.
21 S. S. Hilarión, ob. y sta. Ursula vn. y mr.
22 D. Stos. Felipe. ob. y Severo.
23 L. Stos. Pedro Pascual, ob. y Donato, ob.
24 M. S. Rafael Arcángel.
25 M. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria.
*luna llena á las 4 y 29 m. de la mañana.*
26 J. Stos. Evaristo, Servando y Germán.
27 V. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 S. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol.
29 D. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia.
30 L. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 M. *Ayuno.*—S. Nemesio y sta. Lucila, ms.
*Cuarto menguante á las 8 y 43 de la noche.*



# NOVIEMBRE

1 M. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
2 J. La Conmem. de los fieles difuntos.— S. Ciriaco, mártir.
3 V. Sta. Eustoquia.
4 S. Stos. Carlos Borromeo, y Nicandro.
5 D. S. Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
6 L. Stos. Severo, mr., y Leonardo, cfr.
7 M. Stos. Florencio, ob. y Amaranto, mr.
8 M. Stos. Severo y Victorino, mártires.

*luna nueva á las 9 y 2 m. de la mañana.*

9 J. Stos. Teodoro y Alejandro.
10 V. Stos. Andrés Avelino y Trifón, mrs.
11 S. ✠ S. MARTIN, ob. Patrón principal de esta Archid.— *Ind. 40 h. en la Catedral.*
12 D. Patroc. de Ntra. Sra.—Stos. Martín, p. y Diego de Alcalá. —*40 h. en Balvanera.*
13 L. Stos. Antonino, Germán, mrs. y Estanislao de Koska.
14 M. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 M. Stos. Eugenio, obispo y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis, virgen.
16 J. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.

*cuarto creciente á la 1 y 45 m. de la tarde.*

17 V. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 S. S. Máximo, obispo.
19 D. S. Ponciano, p y m. y sta. Isabel.
20 L. S. Félix de Valois y Octavio, mrs.
21 M. La Presentac de Ntra. Sra.—Stos. Alberto y Honorio.—*Ind. 40 h. en S. Miguel.*
22 M. Sta. Cecilia, virgen y mr.
23 J. S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.

*luna llena á las 12 y 56 m. del día.*

24 V. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, vn.
25 S. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 D. Ntra. Sra. de la Piedad. — Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*
27 L. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.
28 M. S. Gregorio III, papa y Mansueto.
29 M. Stos. Saturnino y Filomeno.
30 J. S. Andrés, ap., y sta. Justina, v. y m.

*cuarto menguante á las 6 y 58 m. de la mañana,*



# DICIEMBRE

1 V. S. Eloy y stas. Cándida, mr. y Natalia.
2 S. S. Silvano, ob. y sta. Bibiana, vgn.— CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
3 D. *I de Adviento.* — Stos. Francisco Javier, Crispín y Claudio, mrs.
4 L. Sta. Bárbara, vgn.
5 M. S. Sabas, ab. y sta. Crispina.
6 M. S. Nicolás de Bari.
7 J. *Ayuno.*—Stos. Ambrosio y Policarpo.
8 V. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SMA. — *Ind. de 40 horas.*

*luna nueva á las 3 y 30 m. de la mañana.*

9 S. *Ayuno.*—Stas. Leocadia y Valeria, vgs.
10 D. *II de Adviento.* — Ntra. Sra. de Loreto, y santas Gorgonia y Eulalia.
11 L. Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.
12 M. S. Donato y sta. Emerenciana, v. y m.
13 M. Sta. Lucía, vírgen y mártir.
14 J. Stos. Nicasio, ob. y Arsenio, mr.
15 V. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, ms.
16 S. Stos. Eusebio, ob y Valentín, mrs.

*cuarto creciente á las 6 y 12 m. de la mañana.*

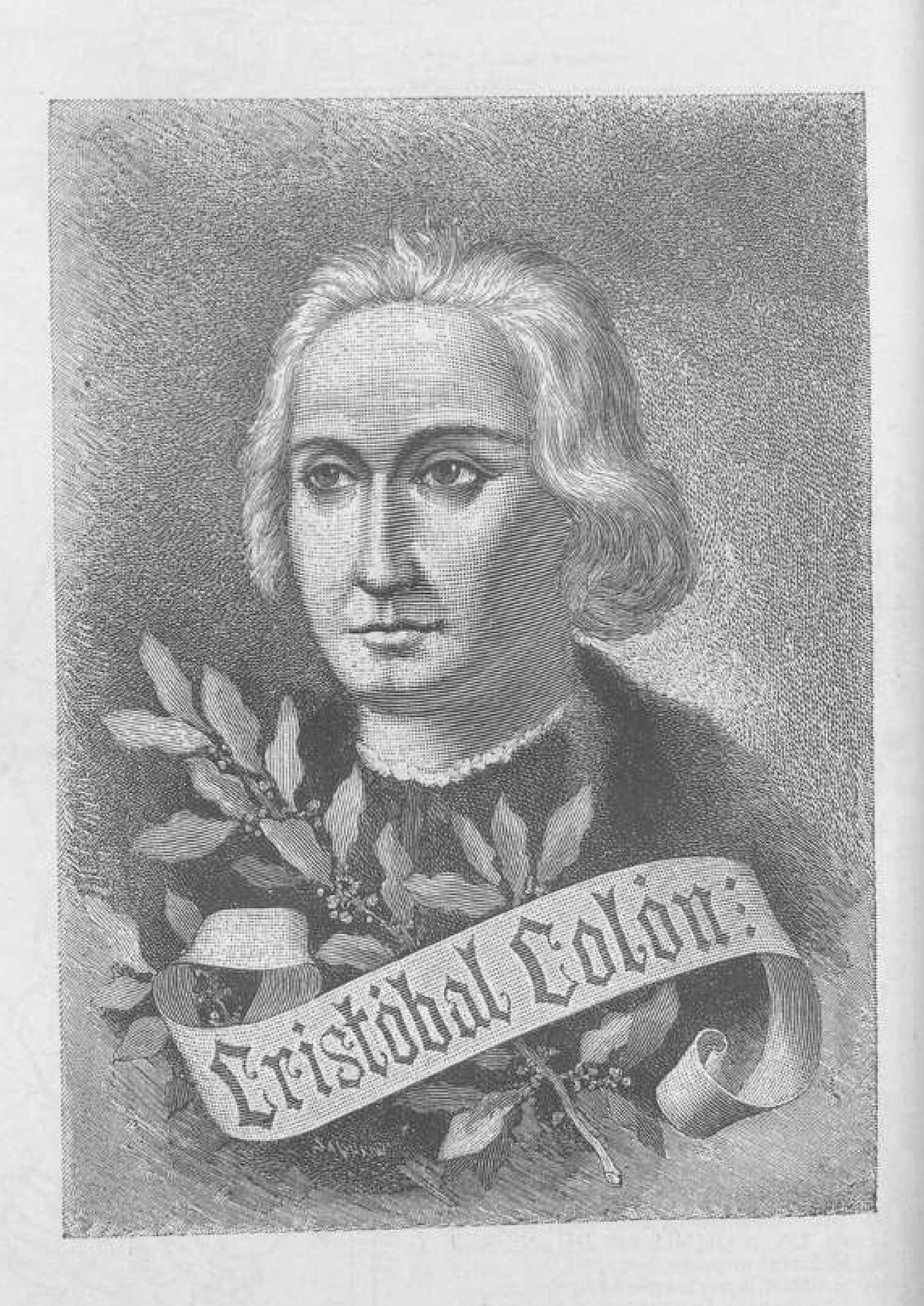
17 D. *III de Adviento.*— S. Lázaro, obispo.
18 L. S. Teótimo.
19 M. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.
20 M. *Témp. y ay.*— Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
21 J. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
22 V. *Témp. y ay.*—Stos. Demetrio y Floro, ms.
23 S. *Témp. — Vigilia con ay. y abs.* — El beato Nicolás Factor y sta. Victoria.

*luna llena á la 1 y 22 m. de la mañana.*

24 D. Stos. Gregorio y Luciano, mrs.
25 L. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
26 M. S. Esteban, proto-mártir.
27 M. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 J. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro.
29 V. Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el sto. rey profeta David.

*cuarto menguante á las 8 y 25 m. de la noche.*

30 S. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
31 D. S. Silvestre, p., y sta. Paulina.


Cristóbal Colón:

# EL POEMA DE COLÓN

(FRAGMENTO DEL CANTO I)

(INÉDITO)

HABLA EL NUEVO MUNDO

En mí, Naturaleza,
contraste haciendo á la expresión que imprime
el pálido terror en su belleza,
sumergida en el mar de lo sublime,
para que llena de feliz encanto
más dulces horas á mi vida labre,
como dos alas cariñosas, abre
en regia pompa su florido manto.

—

En él, rico en fragancia,
el *plátano* pomposo,
á perfumar mi cabellera, escancia
con pródiga abundancia
el fresco jugo de su tronco airoso:
del aura á las querellas
abre sus hojas como verdes cintas,
para tejer con ellas
su parasol de delicadas tintas;
y á su apacible sombra resguardados,
los canastillos de sus frutos mece,
y del verano en la estación me ofrece
el ámbar en racimos sazonados.

—

De mi suelo feliz, rica presea
del hombre á la indolencia, y altanero,
sus codiciados globos balancea

en su rama floral el *cocotero*.
Licor y fruta, en su recinto breve
la urna fibrosa, con el agua helada
que á mitigar su sed, el labio bebe,
me brinda, á sus cortezas apretada,
la dulce almendra que amasó con nieve.

—

Del llano en el confín, donde se oculta
el más rico florón de mi corona,
y ruda virgen de melena inculta
en fuegos arde la caliente zona,
el *soconusco*, ufano,
con los tesoros que le dió el verano
al rico acervo de mis trojes llega,
y blando al ruego de mi amor, entrega
en cárcel de rubí, su pardo grano.

—

Gallarda y opulenta,
la dulce planta del *maizal* sonoro,
toda es oro en sazón cuando presenta
sus esplendores para mí, y ostenta
de sus ópimos frutos el tesoro:
oro el grano que aprietan sus panojas,
oro las hebras de su frente, y oro
el cerrado abanico de sus hojas.

—

Del *ananá* la piña delicada,
que brota de mi Edén en los verjeles,
por mí solicitada
abre, ya sazonada,
de su esquiva corteza los dinteles;
y de mi ruego amante á los accesos,
con el dulzor de sus primeras mieles
me da el dulzor de sus primeros besos.

—

De la escondida selva en el regazo,
la *vainilla* olorosa,
se arrastra en busca del amante abrazo
que la reciba en su ascensión gloriosa:
hasta que, ya vecina
la estación que germina
al soplo bienhechor de los amores,
en la más alta copa se levanta,
para ceñir á mi real garganta
los purpúreos collares de sus flores.

—

Tostado por el sol esplendoroso,
y á aletargar el ánimo cobarde,
el *tabaco* aromoso
cual suave antorcha de mis sueños arde;
fingiendo á veces, cuando al cielo envía
de sus vapores la columna blanca,
un rayo de alegría
que á mi afligido corazón arranca
su salvaje y feroz melancolía.

—

Movido por secreto sentimiento
y entonando canciones plañideras,
su penacho de espadas tiende al viento
el solitario bosque de palmeras.
Las frescas flores, de mi luz despojos,
lucen gallardas sus matices rojos,
y á endulzar de mi pena los agravios
me llaman con la risa de sus labios
ó con la dulce lengua de sus ojos:
de amor sin mancha, soberano emblema,
y palpitantes de pasión suprema,
del árbol en que cantan se desciñen
las verdes ramas, y á mi frente ciñen
de sus hojas perladas la diadema;
y hasta el tronco desnudo
que, en lánguido desmayo,

es esqueleto de la selva mudo,
herido por el rayo,
en sus frías cortezas pimpollece,
cristaliza sus débiles aromas,
y, al sentirme pasar, me los ofrece
en los rubios panales de sus gomas.

J. J. García Velloso.

LAS CARABELAS DE COLÓN

SANTA MARÍA

NIÑA

PINTA

# LAS CARABELAS DE COLÓN

Acabo de tener un sueño delicioso, como otro igual no he tenido en todos los días de mi vida. He soñado que me hallaba en el puerto de Palos en 3 de Agosto de 1492, y presenciaba la salida de las naves mandadas por Colón; que después de surcar por mares desconocidos habían de llegar á la hermosa tierra americana, á la pródiga y preciosa hija del mar, que dormía tranquilamente á la sombra de sus pomposas ceibas y cocoteros, adorando el sol y feliz en medio de su ignorancia y su inocencia.

Aquellas tres embarcaciones se componían de una nao y dos carabelas. Eran tres gaviotas del mar, que tendían sus alas en busca de un mundo ignoto llevándose las lágrimas y bendiciones de todo un pueblo.

Mis ojos no se apartaban de la nave *La Santa María*, en la que se embarcó Colón, después de comulgar y oir de hinojos la misa del alba dicha por el padre Marchena, arbolando la insignia de almirante de un océano completamente ignorado y de unas tierras desconocidas en que había de alzar el *Pendón Real*, pequeña bandera de damasco carmesí, orlada de preciosas franjas y flecos y en la que estaban primorosamente pintadas por una cara la imagen del Crucificado, y por la otra la de su divina Madre.

La nave *Santa María* fué construída en la costa cantábrica y de Santoña era natural el piloto que la gobernaba, á las órdenes del insigne Colón, Juan de la Cosa. Era de construcción sólida, pues dedicada á la carrera de Flandes, debía cruzar mares tan temibles como procelosos, como el paso de Calais, combatidos á todas horas por vientos duros y huracanados que ponían en grave riesgo á cuantas embarcaciones navegaban por los temibles mares del Norte, el mar de las tempestades, como le llama un poeta de aquellas frías regiones.

La *Santa María* era *una nave redonda de formas y aparejos variados*. Aquella mañana se engalanaba con profusión de banderas y flámulas que presentaban un bello golpe de vista, y se izaban en los topes del trinquete las enseñas y pendones del primer almirante de los mares, de aquel loco sublime, que al regresar de su viaje había de desplegar un nuevo mundo ante los atónitos ojos de Fernando y de Isabel.

La *Pinta* y la *Niña* eran dos carabelas construídas en el puerto de Palos y pertenecían al generoso Pinzón, uno de los más insignes compañeros de aquel atrevido almirante, que como el mismo escribe, se condenaba á no dormir durante su expedición, hasta que viera realizados sus proyectos.

Eran las carabelas mucho mayores de lo que han consignado algunos historiadores. Su marcha rápida, su construcción sólida, con altos castillos á popa y á proa, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor y trinquete latino en el palo mesana y cebadera sin foques en el bauprés.

Como todas las naves redondas, ostentaban en lo alto del palo mayor una gran *gavia* circular, y en forma de taza, en la que se posesionaba el vigía durante la navegación y los intrépidos honderos tan temidos de los enemigos en los combates navales. En sus blancas velas, las alas de esas aves de madera y hierro, que surcan las olas y que juegan con el viento, se ostentaban grandes cruces ú otras señales que aprendieron los españoles de los egipcios y de los fenicios, que concibieron para dar más realce á sus naves y para que fueran conocidas en todos los puertos y saludadas desde lejos con entusiasmo.

Aquella mañana de gloria, pues lo fué verdaderamente, se emprendió la más gloriosa expedición que ha registrado la historia; las carabelas ostentaban todas sus vistosas banderas, que eran muchas y variadas según costumbre de la época, y campeaba entre ellas en el palo mayor el estandarte de Castilla cuartelado de blanco y rojo, con leones rojos coronados en el blanco y castillos de oro en el rojo, y en el

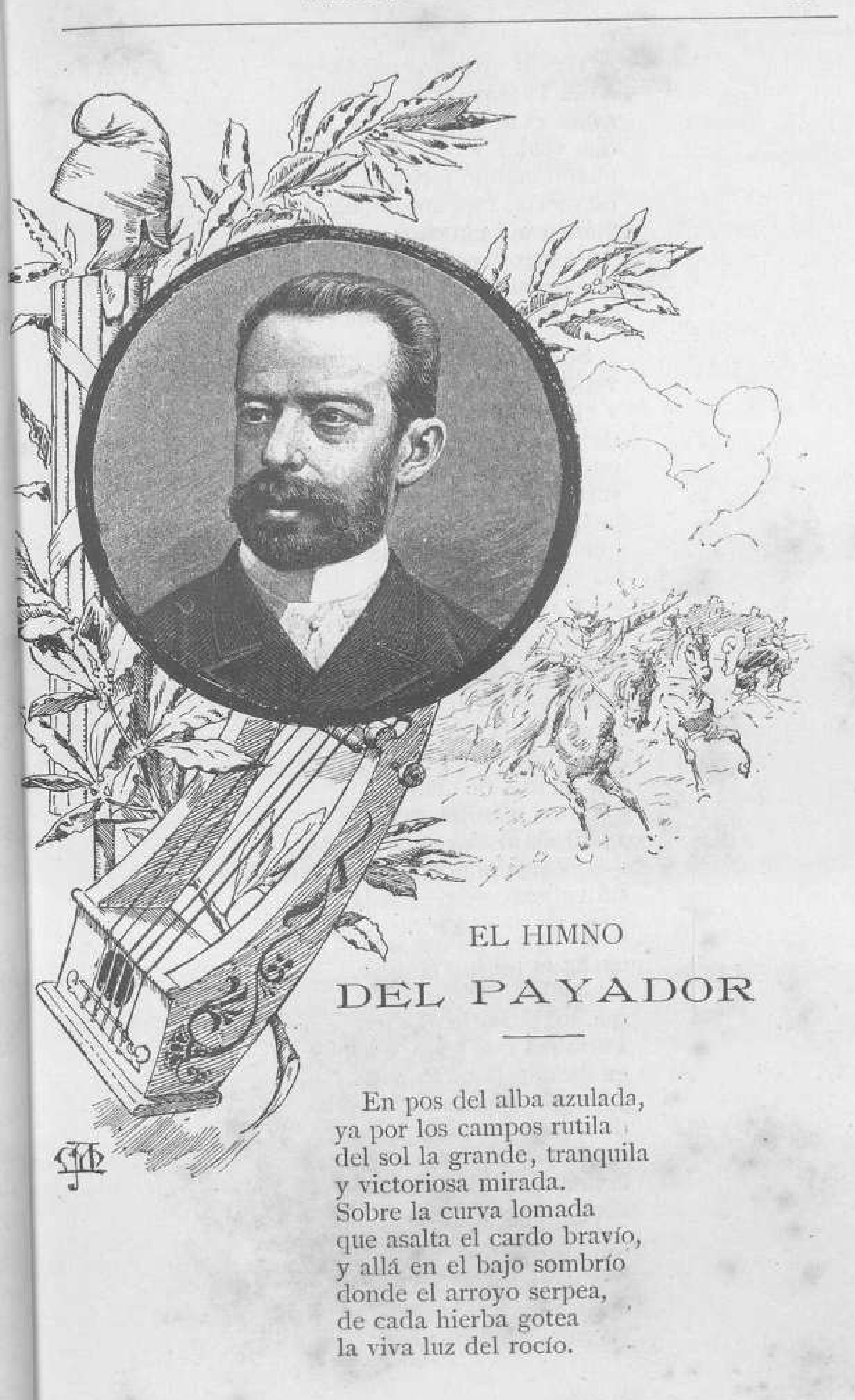
trinquete la bandera ó enseña de Cristóbal Colón, regalo de los Reyes Católicos, consistiendo en una cruz verde, símbolo de la esperanza, sobre fondo blanco con una F y una I á ambos brazos de la cruz y con una corona colocada sobre sus iniciales.

Yo ví á Colón abrazar al padre Marchena y devorar á besos el rostro de su hijo y subir alegre, animoso, puesta en Dios su confianza y la vista fija en el mar que había de conducirle á aquel soñado mundo que fué el ideal, la esperanza, el amor platónico de toda su vida, á la nave la *Santa María*, llevándose las bendiciones de la Iglesia y los anatemas de las mujeres, de los padres, de los hermanos y de los hijos de los marinos que le acompañaban en su expedición y que no creían volver á ver las playas españolas.

Las carabelas se hicieron á la vela. Yo surqué en espíritu con ellas el Océano. Yo oí, tras de horrorosas incertidumbres, el grito de ¡tierra! lanzado por Pinzón, desde el castillo de la *Pinta*, acompañado de un cañonazo. Mágico grito que fué repetido en todas las naves y que llenó de entusiasmo el corazón de aquellos incrédulos marinos. Los bosques vírgenes de América brotaban del fondo del mar. El sol de la mañana iluminaba un nuevo mundo. De las tres carabelas salió un grito de ¡hurra! acompañado de lágrimas y rezos. Aquellas naves eran las mensajeras de Dios. América, bella, pura, feliz, espléndida y generosa se postraba á los pies de Colón, recibiéndole generosamente en su seno, y de las carabelas se levantaba un himno de agradecimiento, que en alas de las brisas de los mares se elevaba hasta Dios, que les mostró el ignorado camino en medio de las olas y no les abandonó un momento en medio de la imponente soledad del mar.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

———



## EL HIMNO
# DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
ya por los campos rutila
del sol la grande, tranquila
y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
que asalta el cardo bravío,
y allá en el bajo sombrío
donde el arroyo serpea,
de cada hierba gotea
la viva luz del rocío.

De los opuestos confines
de la Pampa, uno tras otro,
sobre el indómito potro
que vuelca y bate las crines,
abandonando fortines,
estancias, rancho, mujer,
vienen mil gauchos á ver
si en otro pago distante,
hay quién se ponga delante
cuando se grita: ¡á vencer!

Sobre el inmenso escenario
vanse formando en dos alas,
y el sol reluce en las galas
de cada bando contrario;
puéblase el aire del vario
rumor que en torno desata
la brillante cabalgata
que hace sonar, de luz llenas,
las espuelas nazarenas
y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
divide el campo después,
señalando de través
larga huella por el llano;
y alzando luego en su mano
una pelota de cuero
con dos manijas, certero
la arroja al aire, gritando:
—«¡Vuela el *pato!*... ¡Va buscando
un valiente verdadero!»

Y cada bando á correr
suelta el potro vigoroso,
y aquél sale victorioso
que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
en medio, la turba calla,
y á ambos lados de la valla
de nuevo parten el llano,
esperando del anciano
la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
ronco truena en el circuito,
y el caballo salta al grito
de su impávido señor;
y vencido y vencedor,

del noble triunfo sedientos,
se atropellan turbulentos
en largas filas cerradas,
cual dos olas encrespadas
que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
su feliz conquistador,
y su bando en derredor
le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
el ágil bruto, y chocando
entre sí, corren dejando
por los inciertos caminos,
polvorosos remolinos
sobre las pampas rodando.

Uno al fin, tras la pechada
del caballo, recia y fija,
logra asir de la manija
la presea codiciada;
cae su dueño, atropellada
su horda sufre mil azares,
y, la espuela en los ijares,
la triunfante abate, huella,
revolviendo por sobre ella
cual la tromba de los mares.

Vuela el símbolo del fuego,
por el campo arrebatado,
de los unos conquistado,
de los otros presa luego;
vense, entre hálitos de fuego,
varios jinetes rodar,
otros súbito avanzar
pisoteando los caídos,
y, en el aire sacudidos,
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
de las lagunas vecinas,
como vivientes neblinas,
estrepitosas bandadas;
las grandes plumas cansadas
tiende el chajá corpulento;
y con veloz movimiento,
y como silban las balas,
bate el carancho las alas
hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
robusto joven la prenda,
y tendido, á toda rienda:
—«¡Yo solo me basto!» grita.
En pos de él se precipita,
y tierra y cielos asorda,
lanzada á escape la horda
tras el audaz desafío,
con la pujanza de un río
que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
y él los azuza y provoca,
golpëándose la boca,
con salvajes alaridos.
Danle caza, y confundidos,
todos el cuerpo inclinado
sobre el arzón del recado,
temen que el triunfo les roben
cuando, volviéndose, el joven
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
abatía, y, silencioso,
su abanico luminoso
desplegaba en Occidente,
cuando un grito de repente
llenó el campo, y al clamor
cesó la lucha, en honor
de un solo nombre bendito,
que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban,
y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:

—«Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengan
á escuchar esta canción;
nuestro dueño es la nación

que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
nos da su patria española.

»Hoy mi guitarra, en los llanos
cuerda por cuerda, así vibre:
hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
llenó con solo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo!... el amor y la vida,
es de un monarca extranjero!

»Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes, el rayo,
el Veinticinco de Mayo
clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?...
¡De Buenos Aires nos llaman,
á Buenos Aires volemos!

»¡Ah, si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros
nuestra lanza y nuestros potros
por el vasto continente,
si jamás independiente
veo el suelo en que he cantado,
no me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde:
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía,
que los conmueve y asombra,
era ya Vega una sombra
que allá en la noche se hundía...
¡Patria! á sus almas decía
el cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando á Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal,
hasta aquel día inmortal
en que el Héroe americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.

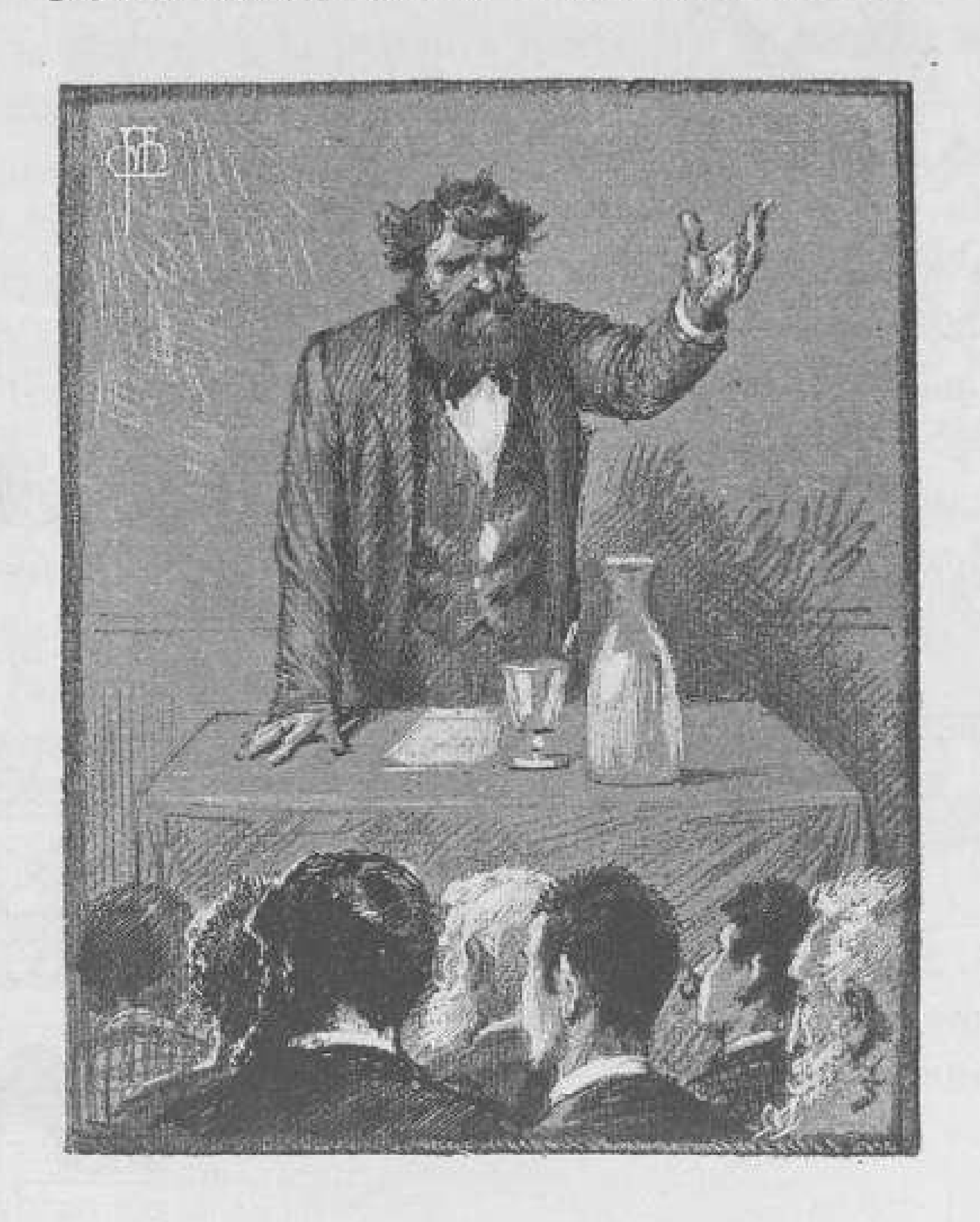
*
* *

Es verdad que me encanta, que la busco,
que verla es mi ilusión;
que quisiera adorarla de rodillas
como el creyente á Dios;
que la acecho lo mismo que en las sombras
acecha el criminal,
y que angustia, temblor y escalofrío
siento al verla pasar;
que dudo, viendo un cielo en sus pupilas
de purísimo azul,
si es que el sol la ilumina, ó es en ella
donde brota la luz.
¿Que por qué si me encanta lo que siento
jamás le he de decir?
¿Por qué creo que amándola alejado
soy mucho más feliz?
Porque amo en ella á un ser incomparable,
á un ángel del Edén,
y al acercarme más temo hallar sólo
en ella una mujer.
Rindiéndole hasta hoy ferviente culto
su sacerdote fuí;
creyente soy, no quiero que descienda
el ídolo hasta mí.

JOSÉ ESTREMERA.

Madrid, 189·.

# CONFERENCIAS FILOSÓFICAS



—De lo demostrado en pos,
que no hay más allá se infiere;
el sábado, si Dios quiere,
demostraré que no hay Dios.

* * *

—¿Qué es la mujer? un día preguntaban,
y á coro respondían y á una voz:
—«Es la madre.»—«Es la esposa.»—«Es en la tierra
el ángel que al hogar envía Dios.»
Pero una voz alzóse sobre todas:
—«¿La mujer?... La mujer es el amor.»

VÍCTOR BALAGUER.



# LA PRENSA

Del mismo modo que las palmeras se envían, al través del espacio, el polen que las fecunda, así los hombres se envían, desde lejanas épocas y lugares lejanos, el polen de las almas: las ideas.

En un principio, el radio de acción de esta misteriosa correspondencia fué bien limitado: no pasaba más allá del límite en que muere la *onda sonora*, ni duraba más tiempo que el que dura la vibración aérea producida por la palabra humana, *verbo* de la idea.

Entonces la humanidad era una familia dispersa; los hombres algo así como eslabones sueltos.

Cuando la palabra salvó los dinteles del hogar doméstico, cuando se sustrajo á la precaria suerte y á la efímera vida del sonido, cuando se hizo visible adquiriendo caracteres permanentes que le permitieran dominar el tiempo, y la distancia y la muerte misma, entonces fué cuando se produjo el advenimiento de la humanidad como ser colectivo, como entidad histórica, como unidad orgánica, con existencia solidaria y eterna. Entonces nació la humanidad, esta humanidad de la que, cada uno de nosotros, es parte y compendio; pues todos llevamos en nuestra alma las ideas, ó por decirlo así, el alma misma de cuantos nos precedieron en el escenario de la vida. Entonces los eslabones sueltos se enlazaron, y pudo verse la cadena humana extendida al través de los tiempos.

La *palabra escrita* fué, pues, el vínculo de unión de la humanidad.

Pero esta misma palabra escrita fué, por largo tiempo, harto incompleta.

El pensamiento de las almas superiores circulaba y vivía con más exactitud, con más extensión, con más permanencia, que cuando la *tradición* la llevaba de tiempo á tiempo, de generación á generación; pero su marcha era lenta, y los que la percibían no eran muchos.

Este primer vehículo del pensamiento fué tardo, y no respondía al ansia de comunicación que caracteriza la vida moral del hombre.

El espíritu universal ostentaba espléndidos focos luminosos, pero presentaba también grandes extensiones de sombra. El fluido vital no circulaba todo, ni por todo el organismo.

Pero apareció la *imprenta*.

La imprenta es como una válvula prodigiosa abierta de improviso al espíritu humano. Ella acrecienta la vida multiplicando la expresión. Las ideas se desbordan, como un torrente que ha pugnado tanto tiempo por romper el dique que lo contenía; se entrecruzan, se chocan, desarrollando luz y calor, actividad y fuerza.

Ella recoge el fruto semiaislado, semioculto, de cuantos se han esforzado, en los tiempos pasados, por dotar á la conciencia humana del caudal de ideas y conocimientos que forman hoy su más preciado patrimonio; lo recoge y lo muestra, lo populariza, lo esparce á los cuatro puntos cardinales, lo ofrece, en fin, en comunión, á todos los presentes y á todos los venideros.

En vano ha sido que poderes tradicionales y despóticos, que vivían á merced de la inercia del espíritu público, que escuelas y sectas que profesaban el credo de que *la luz daña*, se hayan empeñado en una lucha triste, sacrílega é imposible: la de impedir el movimiento expansivo del pensamiento humano.

El nuevo foco luminoso sigue en actividad creciente, sus rayos invaden todo el horizonte.

Al fin surge el rayo más espléndido de ese foco: el *periódico*.

Despierta resueltamente la avidez del espíritu humano, no le basta ya el pensamiento maduro, el juicio frío, la disquisición filosófica, la noticia científica, la concepción artística, expuestos y divulgados en el libro, largo y pacientemente elaborado. Necesita la noticia de cada día, la impresión de cada momento, el pensamiento á medida que él se elabora, el conocimiento novísimo, la enseñanza incesante, el juicio sugerido por cada hecho, el eco de cada dolor, de cada alegría, de cada esperanza; y, recíprocamente, necesita, con necesidad imperiosa, comunicar todos estos accidentes con la misma rapidez con que se producen.

El periódico fué el órgano encargado de esta función compleja, el que había de responder á esta nueva avidez y á esta nueva actividad del espíritu. Él viene á ser así como la palpitación de la vida social moderna.

No es solamente un revelador, no es solamente un eco; es también un poder, es también una fuerza, el poder más grande y la fuerza mayor que hoy mueve á las sociedades humanas. Ese papel, esa cosa alada y viva, y como henchida de fluido eléctrico, pues que tanta conmoción produce; esa

débil hoja que cualquier soplo del aire dobla y arrastra, ese ser extraño, al parecer inofensivo y mudo, que penetra hasta lo interior de nuestro hogar con la primera luz de cada día, constituye uno de los primeros factores en la realización de los destinos humanos á la hora presente. Es la voz incesante que enseña, juzga, aplaude, censura, delata, se queja, apasiona y mueve, determinando todas las grandes revoluciones y todos los grandes movimientos que se operan en el seno de las sociedades; que, al fin, esas revoluciones no vienen á ser otra cosa que la resultante de la condensación de sentimientos y de ideas verificada en el espíritu público.

Es verdad que el periodismo, la más alta y más eficaz de las instituciones sociales existentes, no siempre y en todas partes cumple su misión augusta; y esto se debe á que en toda religión hay falsos sacerdotes. Cuanto más alto y trascendental es ese ministerio, más sabio, y más virtuoso, y más austero debe ser quien lo ejerce.

En manos ineptas y malvadas, la benéfica y civilizadora institución degenera irremisiblemente en instrumento de infamia, y constituye uno de los más graves y repugnantes males que pueden afligir á un pueblo.

Y bien: si tan grande es su ministerio y tan dañosa puede ser su acción, no cabe otro medio de precaver el mal que una legislación severa, y la constante repudiación social.

Esto no obstante, la *Prensa* será, por siempre, un signo de redención, un elemento de progreso y el timbre más glorioso de la civilización moderna.

Cumple á toda conciencia recta y bien intencionada sostenerla y depurarla en consonancia con las necesidades de los tiempos.

MANUEL A. BARES.

## EPIGRAMA

—Dando el *do*, más de un laurel
en la escena he conquistado.
—Se conoce que lo has *dado*
pues te has quedado sin él.

# EL MATRIMONIO CIVIL



—¿Otra vez te ha maltratado
tu esposo?
—¡De un modo vil!
—¿Para qué sirvió al malvado
casarse por lo *civil*,
si no se ha *civilizado*?

# PROBLEMA RESUELTO

—¿Tú aquí en la administración
de *El Globo*? ¿y en qué trabajas?
—Por ahora pongo las fajas
que llevan la dirección.
—Pues sin ser como otros bobos,
que al cabo locos se han vuelto,
puedes decir que has resuelto
la *dirección* de *los Globos*.

CASIMIRO PRIETO.




# EL GITANO [1]

Rival ninguno á los dados
halló en su corte la Reina,
fortuna y amor al juego
no hay quién tenga como ella.

Huerfanita á los trece años,
á los catorce era reina,
y á los quince con los dados
la paz decreta y la guerra.

La preciosa hija de reyes
está enojada y frenética:
ni un noble, ni un caballero,
demanda jugar con ella;
como ha empobrecido á tantos,
otro nuevo en vano espera.

Llega un gitano á pedirle
de una partida la prueba,
lleva las plantas desnudas,
desnudo el pecho y cabeza.

«¿Qué tesoro jugar puedes?
—le pregunta la princesa.—
Todo lo tengo, de nada

[1] Del libro *Baladas,* de Apeles Mestres.

carezco: es mía la tierra.
Es mi techo el firmamento;
la luna, el sol, mis linternas;
mi lecho, verdes llanuras;
mi hogar umbroso, las selvas.»

La corte ríe que ríe,
y riendo dice la Reina:
«Para cuando hayas perdido,
tomo en prenda tu cabeza.
—Y cuando te haya ganado
oro, palacio y diademas,
yo á mi vez tomaré un beso
de tus labios de cereza.»

La corte ríe que ríe,
los dados saltando ruedan,
y esta vez, cual nunca han sido,
son contrarios á la Reina.

«¡Pajes, traed puñados de oro,
vasos, tinajas repletas!»
Y saltan, saltan los dados,
y pierde, pierde la Reina.

Y los pajes van y vienen
con nuevas vasijas llenas,
y van saltando los dados
y pierde siempre la Reina.

Pide en vano ríos de oro,
¡ninguna tinaja queda!
Y el Gitano ríe, ríe,
y á la Reina la ira ciega.

Cuando en palacio no hay oro,
juega joyas y diademas,
los blasones y estandartes
que recuerdan las proezas
de noble estirpe de reyes...
¡y pierde, pierde sin tregua!

Ha jugado ya el palacio,
nada por perder le resta,
y se juega el primer beso
de sus labios de cereza.

El Gitano lo ha ganado.
Puesto en pie, los dados suelta,
y tomando las vasijas,
y las joyas y diademas,

y blasones y estandartes,
por el ventanal los echa.

—¡Pobres de aquestos contornos,
repartíos y haced fiesta!
Yo de nada necesito,
que es mía toda la tierra.

Por dosel tengo los cielos,
sol y luna por linternas,
por lecho verdes llanuras,
por umbroso hogar las selvas,
para ser rey como un rey
tengo hasta un beso de reina.

RAFAEL OBLIGADO

Buenos Aires, Julio de 1892.



# A VELARDE

SONETO

Hijos sin padre. Esposa sin abrigo.
Despojo inerte en la callada tumba.
Castillo que de pronto se derrumba...
¡He aquí la sola herencia del amigo!
Ha matado al morir todo enemigo;
á su alrededor la envidia ya no zumba,
y porque su memoria no sucumba
todos aplauden á la par conmigo.
El olvido su nombre ya respeta;
la antorcha de la fama brilla y arde
en su tumba: ¡su gloria es ya completa!
Pero una voz, al declinar la tarde,
murmura ante la fosa del poeta:
—¡No tienen pan los hijos de Velarde!

RAMÓN RODRÍGUEZ CORREA.

# RECETA CONTRA EL FRIO



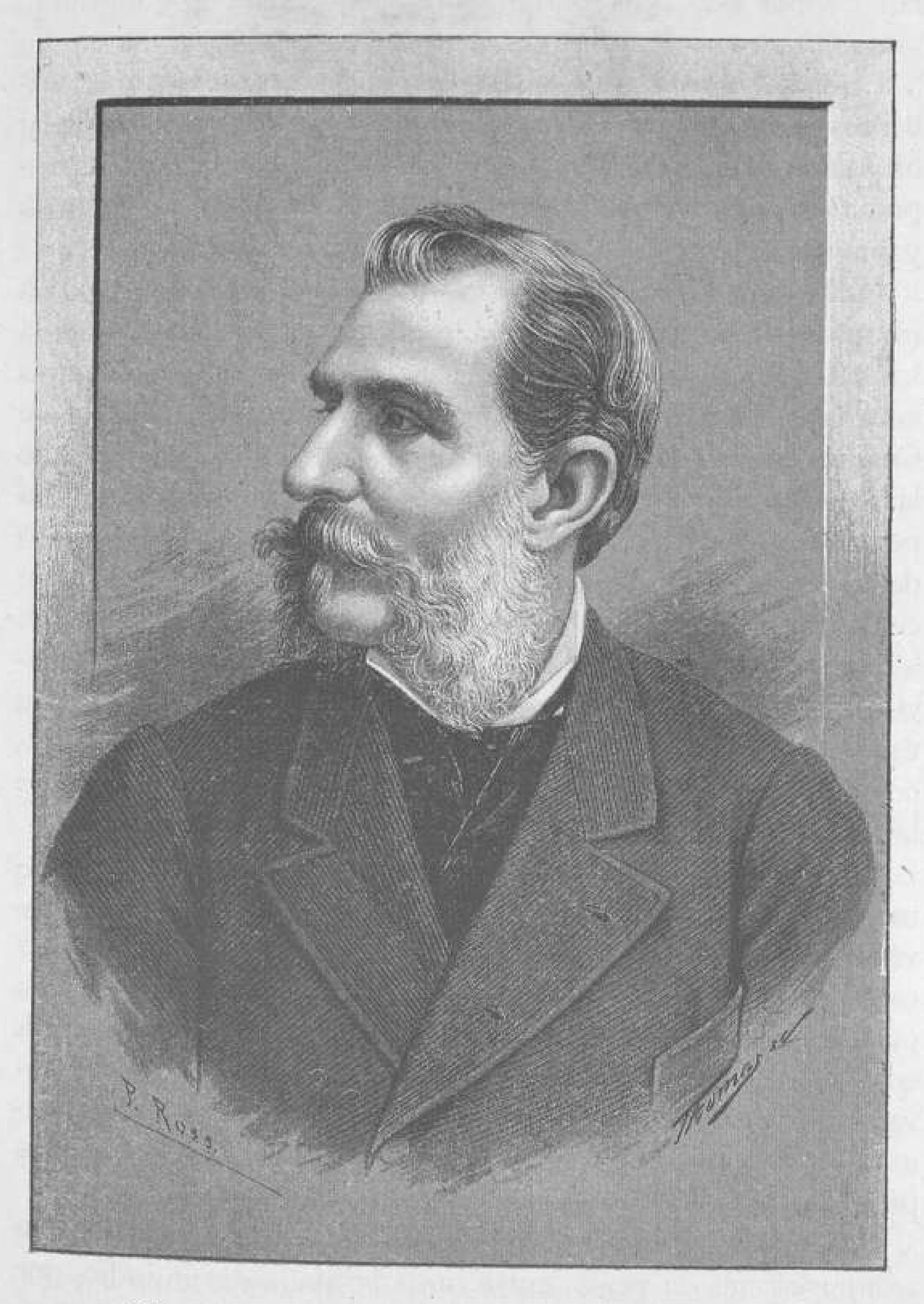
—¿Siente frío, don Manuel?
—Pero un frío irresistible.
¿Y tú no? —Me río de él;
tengo un remedio infalible.
¿Le conviene?—¿Y cómo no?
¡claro está que me conviene!
—Pues... lleve encima cual yo
toda la ropa que tiene.

A. M.

# EPIGRAMA

—¿Te casas con hembra rica,
siendo tan pobre, Rodrigo?
pues tu suerte no se explica.
—¡Hombre! no soy yo, es la chica
la que se casa conmigo.

# NUESTROS COLABORADORES



## Excmo. Sr. D. Luis Cordero

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR Y EMINENTE LITERATO

# EL DR. D. LUIS CORDERO

El doctor don Luis Cordero es hoy una de las más brillantes personalidades literarias de la patria de Olmedo y Montalvo, donde su nombre se pronuncia con el cariñoso respeto de que se ha hecho acreedor por su clarísima inteligencia y por las envidiables dotes que como poeta insigne posee.

Nada queremos decir acerca de su personalidad política ni de sus virtudes cívicas, que le elevaron repetidas veces á los más altos puestos públicos de su país, siendo en distintas ocasiones diputado, senador, jefe político del cantón de Cuenca, miembro del Pentavirato que dirigió los destinos de la República en 1883 y actualmente presidente de la misma por el período de gobierno de 1892 á 1896. Nada tampoco de los vejámenes y persecuciones que sus ideas de creyente convencido y republicano sincero y moderado le valieron de algunos gobiernos, y principalmente durante las administraciones de García Moreno y del general Veintemilla. Baste decir que la moderación y templanza de sus principios políticos son consideradas en su país como prenda inestimable de la paz y el orden de que el Ecuador vitalmente necesita.

Por lo que al poeta y al prosador respecta, bien quisiéramos decir cuanto no podremos por no consentirlo las brevísimas proporciones que hemos de dar á estas líneas. Como escritor en prosa, el doctor Cordero es considerado en su país uno de los primeros de cuantos honran á la literatura ecuatoriana. Profundidad de conceptos, juicio certero y elevado, instrucción sólida, delicado gusto, corrección y galanura en el estilo, tales son las cualidades que avaloran sus producciones de este género.

Conocedor del *quichúa*, ha escrito en este idioma algunas composiciones en verso, entre otras la queja de un indio por los abusos y exacciones del *diezmero*, composición que contribuyó á preparar el terreno para la trascendental reforma del Diezmo, realizada por el presidente don Antonio Flores.

Su mejor trabajo en verso es, á nuestro juicio, y aparte de sus composiciones del género epigramático, la que intituló *Aplausos y quejas*, y que publicó en 1883, con motivo del magistral canto de nuestro insigne y grandilocuente Olegario V. Andrade, *Atlántida*, cuya lectura, según confesión del poeta ecuatoriano, «fué acibarada por la dolorosa observación de que el Ecuador había sido tan insignificante en concepto del poeta, que ni aun se dignó mentarle en sus hermosos versos, en los cuales hizo también caso omiso del Portugal, de las Repúblicas centro-americanas y del heroico Paraguay, á pesar de que el fecundo tema de su canto era la *Raza latina*, á que pertenecen, con no poca gloria, las naciones olvidadas.»

En este canto muéstrase el poeta amante así del Ecuador como de la América y de la humanidad. Su españolismo le inspira hermosísimas estrofas y presagia días de esplendor á las letras sud-americanas,

si entre las galas del primor latino
luce el hispano varonil acento.

Sus cantos elegíacos á la muerte de su esposa, á la de su amigo el doctor don José R. Arizaga, etc., tienen la sinceridad del dolor sentido y la unción de un espíritu eminentemente cristiano.

El doctor Cordero cultiva también con feliz acierto y no poca gracia, el genero humorístico, siendo de lo mejor de su producción poética, sus composiciones epigramáticas, entre las que merecen singular mención el satírico é intencionado cuento *Corregir al que no yerra* y el chispeante diálogo *Los dos estilos*.

Completan esta nueva faz literaria suya, sus deliciosos y correctos epigramas, entre los cuales los hay de corte verdaderamente clásico.

Tal es, en brevísimas palabras, la doble personalidad política y literaria del que hoy preside los destinos del Ecuador y del que hace tiempo brilla en primera línea en la República de las letras sud-americanas.

M. N. C.

Buenos Aires.

# A BOLÍVAR, REY

Al centellar tu espada refulgente
y levantarse libre un hemisferio,
clamó la vil envidia que al imperio
te alzabas, cual menguado pretendiente

¡Generoso campeón del Continente,
fué sólo redimir tu ministerio,
y agonizar después!... El vituperio
no te ha manchado de la inicua gente.

Pero esa gigantesca monarquía,
en que el héroe mayor entre los grandes,
soberano de un mundo, reinaría,

sin que tú la codicies ni demandes,
cinco naciones te la dan hoy día,
¡Emperador augusto de los Andes!

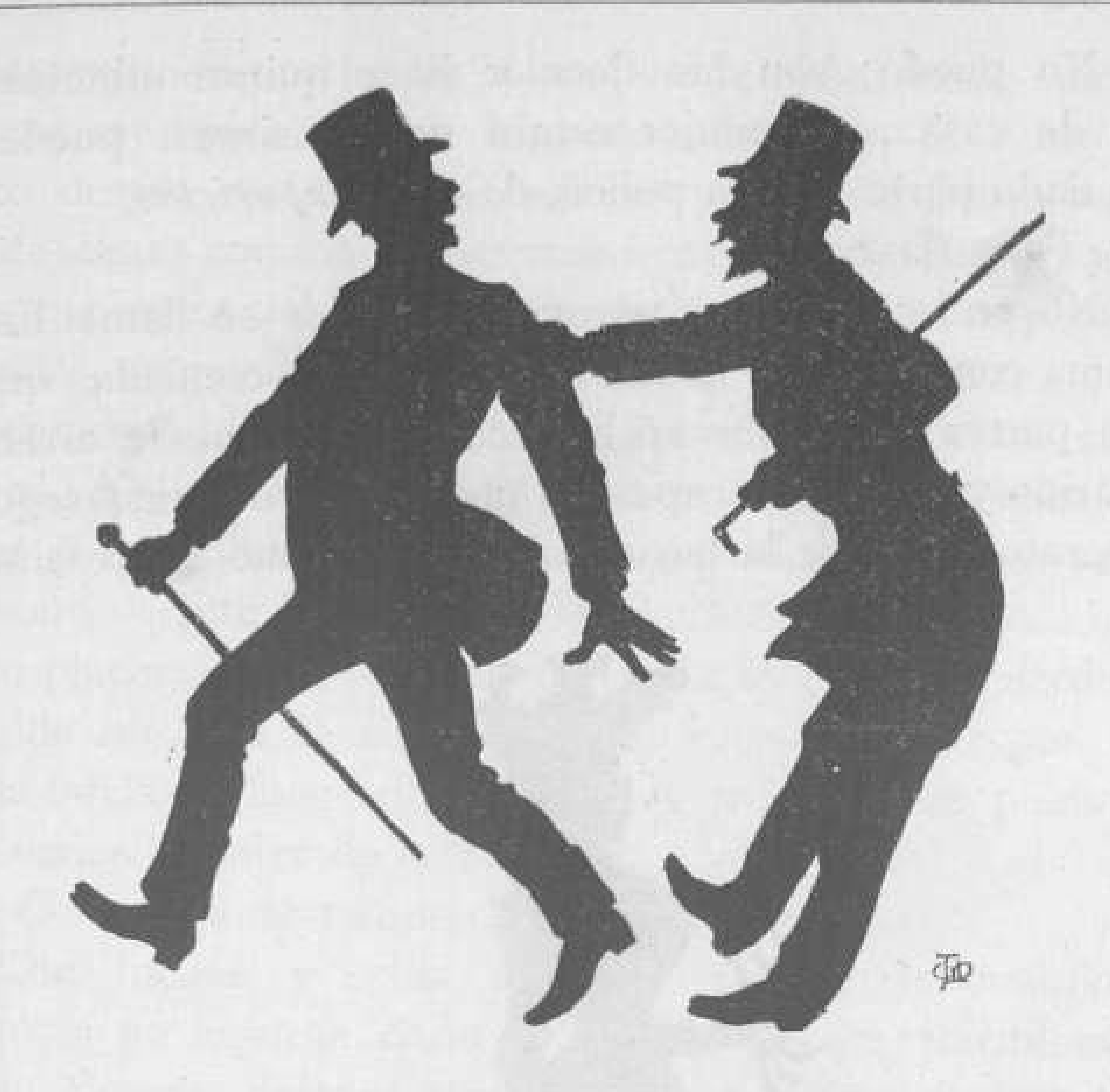
# DISCULPA DE UN FACULTATIVO

## CUYO ENFERMO TOMÓ DE IMPROVISO EL PORTANTE

Médico y paciente son
indispensables, por cierto,
para llegar con acierto
al fin de una curación.
Yo le prometí al finado
que luego lo curaría,
sí; pero el torpe debía
vivir para ser curado.
Obrar ambos de concierto
era lo justo y corriente;
mas ¿cómo curo á un paciente
que á lo mejor queda muerto?
Listas están mis recetas;
si no se cumple el contrato,
la culpa es del mentecato
que ha liado las maletas.
Desde hoy si un enfermo quiere
mi asistencia merecer,
el compromiso ha de ser
curarlo si no se muere.

LUIS CORDERO.

Cuenca (República del Ecuador).



# LAS MUJERES QUE AMAN

—¡Alto ahí! le dije asiéndole de un brazo; ¿dónde vas tan aprisa?

—Dispensa, me contestó todo sudoroso y jadeante; pero no puedo detenerme... conque ¡expresiones!

—¡Oye!

—¡Imposible! me espera mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿te has casado, infeliz? ¿con quién... y para quién?

—¿Cómo para quién?

—Quiero decir ¿y para qué?

—Para lo que se casan todos... ¡vaya una pregunta! ¿has olvidado aquello de *creced y dividíos* ¡digo! *y multiplicaos?* pues bien, yo había crecido ya bastante, y siguiendo el precepto bíblico... ¡ea! ¡abur!

—¡Espera, hombre!

—No puedo; son las doce y hace quince minutos que falto de casa... mi mujer estará nerviosísima... puede que haya dado parte ya á la policía de mi *desaparición.*

—¿Te burlas?

—No creas; Esther... porque mi mujer se llama Esther, me ama con delirio, y es tan recelosa y desconfiada, que en todas partes ve sombras chinescas; teme que le arrebaten mi cariño y que me escape con otra... ó con otras, según la temperatura, lo que la hace vivir en continuo sobresalto. Si



no fuese mal visto, me llevaría á todas partes atado con una cadenilla, como el perrillo de aquella pudorosa *miss* que conocimos en Suiza... ¿te acuerdas? ¡qué tiempos aquellos... y qué *misses* aquellas!

—¿Suspiras? vamos, parece que echas de menos el tiempo pasado... apuesto á que no eres feliz con tu mujer... ¿Acaso es fea?

—Fea del todo, no; pero dista mucho de parecerse física-mente á la *miss* de la Suiza; aquella era rubia y á mí siempre

me han gustado mucho las rubias, sobre todo desde que me casé con mi mujer, que es trigueña. Además, tú sabes con cuánto desvío me trató la inglesa, y cuando comparo sus fríos desdenes con los transportes frenéticos de Esther, en la hora psicológica del amor, como decimos ahora las personas ilustradas, no puedo menos de lamentar mi desdicha... ¡sería tan venturoso con una mujer que no sintiese por mí cariño alguno! ¡Ah! ¡tú no sabes lo que es ser amado como yo! Esther es un volcán en perpetua erupción, en cuyas *faldas* me siento derretir bajo la ardiente lava de sus besos... ¡Con cuánto placer evoco, al sentirme volatilizar, el recuerdo de la frígida *miss* de la Suiza! con el mismo placer con que, bajo la lluvia de fuego del sol de los trópicos, se piensa en los nevados paisajes de la Siberia...

—¿Conque tanto te ama Esther?

—Con locura, y nada sería su amor... de cuando en cuando, si no hubiese dado en la flor de ser terriblemente celosa. No me deja ni respirar. Hace pocas noches hubo entre los dos un escándalo de los gordos. Figúrate que soñaba yo en mi ideal y encantadora *miss,* cuya imagen, desde que me casé, no se borra de mi memoria. Yo la veía, oculto tras de una cortina de rosales en flor, bañándose en un lago azul, sobre cuyos temblorosos cristales flotaban como algas de oro sus hermosos cabellos... Su cuerpo, de una corrección de líneas que hubiera hecho la desesperación de Fidias, como diría un poeta cursi, deslizábase rápido por las tranquilas aguas, semejante á un cisne de inmaculada blancura... enardecido y echando llamas por los ojos en presencia de aquella rubia náyade de redondo seno y hombros torneados, aparté bruscamente las ramas cubiertas de rosas, que me ocultaban á su vista, y la llamé con voz apenas perceptible... Lejos de ir á ocultarse en el abismo azul de las aguas, herida en su pudor por las flechas de fuego que lanzaban mis ojos, me miró sonriendo dulcemente... ¡Ah! ¡qué no hubiera dado yo porque se hubiese prolongado indefinidamente tan hermoso sueño! pero cuando iba á ver tal vez realizada mi ventura amorosa, la única posible en la tierra, puesto que era

soñada, á mi mujer se le ocurrió interrumpir aquel idilio acuático de la manera más antipoética que imaginarse pueda: me despertó de un tirón de orejas.



—¡Hombre!

—¿Con quién estabas soñando? me dijo con acento poco tranquilizador y sacudiéndome el brazo con violencia.

—¡Pero, mujer! exclamé, al darme cuenta de la realidad, ¡vaya una manera de despertar á la gente!—¿Con quién soñabas? repitió con voz implacable, y clavando en mis ojos, soñolientos aún, su penetrante mirada, como si quisiera sorprender en el fondo de mi retina las imágenes fugitivas de aquel sueño.—Pues bien, murmuré malhumorado; no soñaba con nadie.—Y sin embargo, dijo con una sonrisa feroz, tú llamabas á alguien en sueños...—¿Yo? dije con todo el aire de inocencia de que pude echar mano en tan crítica situación; pues ¡qué demonio! no me acuerdo.—¡Mientes! gritó Esther, irguiéndose irritada; tú me haces traición y en vano tratas de engañarme... ¡te conozco bien, infame! ¿quién es esa mujer? porque tú soñabas con una mujer, no me cabe la menor duda.—Pues no sé quién pueda ser, contesté, encogiéndome

de hombros; pero si tienes interés en saberlo... déjame dormir de nuevo; voy á ver si lo averiguo.

—¿Y qué contestó Esther?

—Es inútil, dijo hecha un mar de llanto; sé cómo se llama; la buscaré, y no ha de tardar en sentir todo el furor de mis celos africanos.—¡Cómo! exclamé lleno de zozobra, ¿he pronunciado en sueños algún nombre?—Sí, contestó Esther, y sé que se llama... *¡Miss!!!*

—¡Vaya una imprudencia la tuya! ¡mire usted que soñar en alta voz!

—Al oir en boca de mi mujer la palabra *miss*, una idea salvadora surgió de súbito en mi mente; así de las manos á Esther, y la dije con expresión de queja:—¡Ah! ¡cuán mal haces en dudar de mi cariño! ¿cómo piensas que pueda caber en mi corazón la traición y la alevosía, si es todo tuyo, si sólo late por tí?—No obstante, contestó ella; tú llamabas á otra mujer... ¿quién es esa *Miss?*—Te engañas, repliqué vivamente; no llamaba á ninguna mujer... ¡llamaba al gato!



—¿Y Esther lo creyó?

—¡Vaya! Y se quedó tan convencida; como no conocía esa palabra inglesa, pude darle... gato por liebre; pero no creas, no siempre puedo *engatusarla* con tanta facilidad... En fin, chico, ¡hasta la vista!

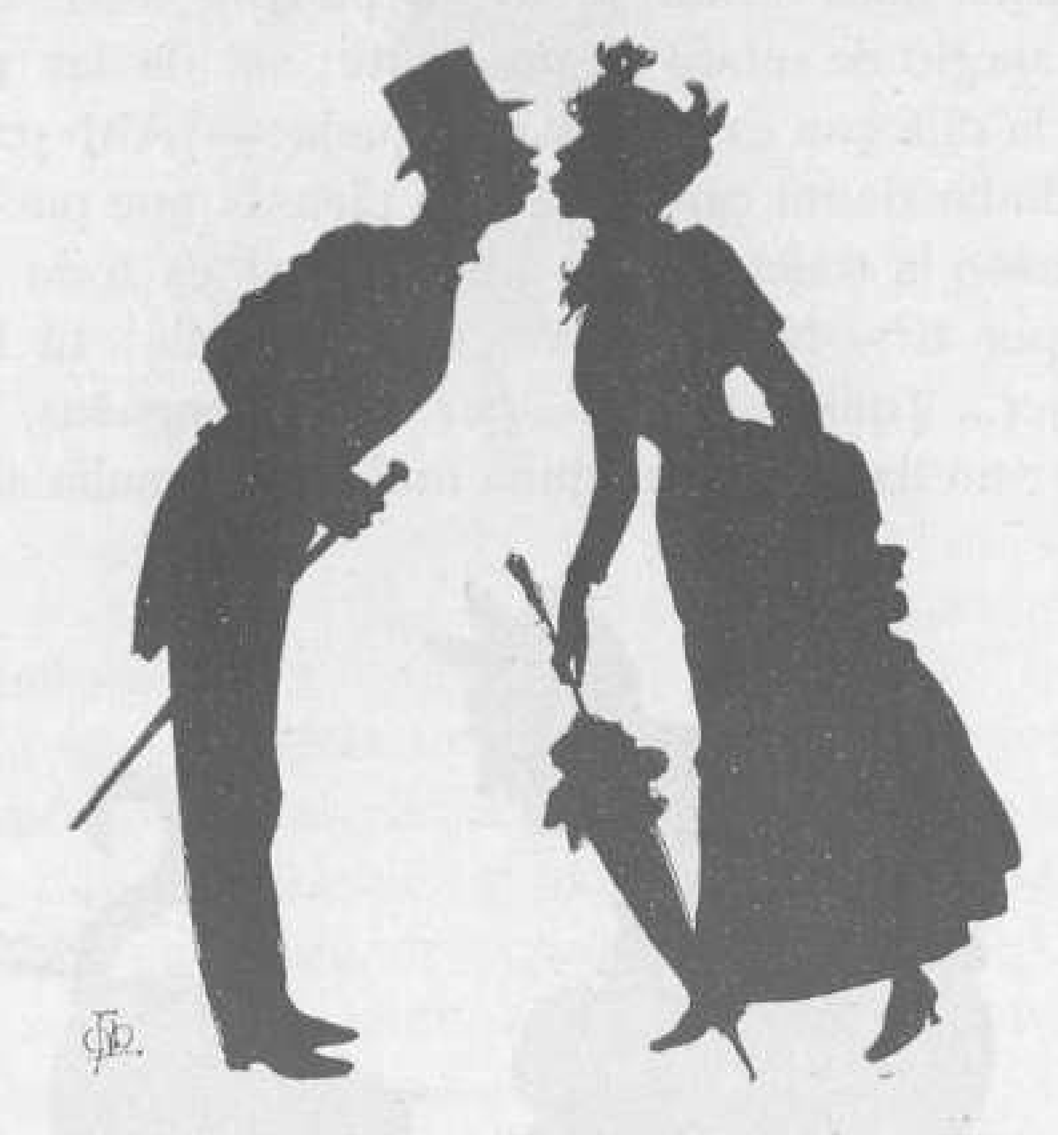
—No te vayas tan pronto.

—Ya te he dicho que mi mujer me espera.

—Dile que has encontrado un amigo de la infancia.

—Me los tiene prohibidos; no quiere que sienta más cariño que el que le debo á ella... ¡Ah! ¡si yo pudiera verme libre una temporada de sus caricias! Más de una vez he deseado que me odiase con toda su alma; contra el odio puede uno defenderse, pero, ¿quién no se siente indefenso contra el amor? ¡vamos, que esto no es vivir!

—No comprendo cómo te casaste con una mujer así.



—¿Y quién podía imaginarse que el frenético amor que me demostró desde un principio iba á ser tan duradero? Yo creía que pasaría pronto, y que calmada la efervescencia de los primeros momentos, sería sustituído por ese afecto intermitente que hace las delicias, á ratos, de muchos matrimonios por inclinación; pero ¡que si quieres! mi mujer está rabiosamente enamorada de mí y no me atrevo á presentarme con ella en público, temeroso de hacer un papel ridículo; el otro día se empeñó en que le diese un beso... ¿dónde dirás?

—¡Qué sé yo!

—En la calle, en pleno día; estábamos reñidos y se le antojó que habíamos de hacer las paces allí mismo.

—¿Y cediste á su pretensión?

—A la fuerza ahorcan; si me niego me arma un escándalo público. En vano yo la decía con acento persuasivo:—¡Pero, hija! ¿qué pensarán los transeuntes? de fijo que mañana se ocupan de nosotros los periódicos. No hubo tu tía; quieras que no quieras, tuve que darla un beso, que ella me devolvió con un calor impropio de tales sitios y de tales horas.—Es un capricho, me dijo sonriendo; después de todo, agregó, ¿hay cosa más natural que se besen marido y mujer?—Más sobrenatural querrás decir, rectifiqué, cargado ya con aquellas extemporáneas explosiones de cariño retrospectivo. Pero, en fin, al menos me dejó tranquilo aquel día con sus malditos celos, que son mil veces peores que su amor.

—¿Y tiene accesos muy á menudo?

—¡Ah! muy á menudo. A las veinticuatro horas de haber hecho las paces en la vía pública, hubo en casa otro escándalo mayúsculo; figúrate que mi mujer recibió un anónimo.

—¿Un anónimo?

—En el que se me denunciaba á los terribles celos de Esther. «Tu marido, decía poco más ó menos el incógnito delator, te engaña miserablemente con otra; tu ciega confianza puede costarte muchas lágrimas; es necesario que lo vigiles constantemente y que no le dejes salir solo, porque mientras tú vives tranquila y descuidada en tu hogar, que crees un paraíso de venturas, el bueno de tu maridito hace el amor á otras, sin que el recuerdo de su amantísima esposa le haga retroceder en la senda de perdición. No te conozco ni tú me has visto nunca, pero sé que eres buena como un ángel y quiero quitarte de los ojos las telarañas de la confianza, para que veas en toda su repugnante desnudez al monstruo que abusa de tu inocencia.»

—¿Y sospechaste quién era el autor del anónimo?

—Algún *amigo* probablemente... ¡así le parta un rayo por el eje! Lo único que sé es que hubo en casa una especie de juicio final; mi mujer se puso furiosa; un soponcio se le iba

y otro se le venía... ¡si la hubieses oído! ¡qué apóstrofes los suyos! ¡qué novedad en las imágenes! Nunca la he visto más de vena; en vano juraba y perjuraba yo que todo aquello eran puras calumnias; Esther me exigía á grandes voces el



nombre de la infame que me había perdido, y al decirla yo que no existía tal mujer, más y más aumentaba su cólera. Por fortuna al día siguiente, en que amenazaba seguir la borrasca, pues mi mujer se había levantado más tempestuosa que nunca, vino otro anónimo á aclarar el misterio y á devolverme por unas horas la perdida calma.

—¿Otro anónimo?

—Sí, otro, y á juzgar por la letra, del mismo autor; en él decía á mi mujer: «Tu marido es un pícaro de siete suelas, y no he de consentir que te engañe por más tiempo; si, como es de presumir, te niega sus infidelidades, pregúntale el nombre de la loca á quien besó el otro día en la calle...» Al leer esto, mi mujer se puso de mil colores y, confusa y avergonzada, me pidió perdón por haber dudado

de mí.—¡Es claro! exclamé furioso, ¿á quién diablos se le iba á ocurrir, no conociéndote á tí, que la mujer á quien besaba... era mi mujer? ¡me explico la calumnia!

—¿Y se enmendó Esther?

—Por el momento, sí, pero pronto volvió á las andadas. En fin, chico, estoy desesperado y loco, pues he llegado á convencerme de que tan temible es la esposa que no nos quiere, como la que nos quiere demasiado... ¡Ea! ¡abur!

Y el infeliz, después de estrechar mi mano, echó á correr en dirección de su casa.

CASIMIRO PRIETO.



## EPIGRAMA

Nombrado Juan comisario
dijo á su jefe Roger:
—Como recto funcionario
he de cumplir mi deber.
—Si no es hombre de provecho
tema usted mi justo enojo.
—Señor, andaré derecho...
Y el comisario era cojo!

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

# LEYENDO UN DECRETO



—*El Presidente decreta...*
—Esa fórmula, Bastinos,
me parece algo indiscreta;
¡el Presidente *de Creta!*...
¡eso es llamarnos *cretinos!*

# GÜEMES

A MOISÉS NUMA CASTELLANOS

Sobre negro corcel encabritado,
en la diestra la espada refulgente,
noble el semblante, altivo el continente,
cruza veloz el paladín osado.

De Vilcapugio vengador airado,
avanza con la furia del torrente,
y en el confuso batallar ardiente
triunfante agita su pendón sagrado.

¡Güemes no ha muerto! ¡Su heroísmo aún late
Se alzará de la tumba que lo encierra
si el patriótico espíritu se abate,

y estremeciendo la argentina tierra
convocará con su clarín de guerra
otra vez sus leones al combate!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1892.



# D. Juan de Dios Peza

EMINENTE LITERATO MEJICANO

# PECAR REZANDO

Inés es joven: en su faz hermosa
luchando están, como Hércules y Anteo,
el carmín pudibundo de la rosa
con la avarienta lumbre del deseo.

Torna los corazones en despojos,
pues tiene en su diabólico albedrío,
miel en sus frases, dardos en sus ojos,
el alma en ascuas y el semblante frío.

Es blanca en su exterior como azucena;
negra en su fondo cual la noche oscura;
roja adelfa es su boca que envenena
al que una gota de su miel apura.

A fuerza de sufrir lleva consigo
tal odio al mundo que su planta pisa,
que engañando al amante y al amigo,
usa, como una máscara, la risa.

Visita los altares, y allí brota
de sus labios y en público la queja;
que por ganar la fama de devota
ha dado, siendo joven, en ser vieja.

Cansada al fin de dar funesto ejemplo,
suelta un negro mantón sobre su talle,
y aunque igual en la calle y en el templo,
hoy ha cambiado el templo por la calle.

En la humildad con que su rostro juega
se juntan lo piadoso y lo pagano:
un correcto perfil de estatua griega
y el colorido del pincel romano.

Tan modesta se viste, y tan seguido
se la mira en el templo lacrimosa,
que son junto su faz y su vestido
hábito y faz de austera religiosa.

Cuando se halla en el templo arrodillada
rezando en alta voz con gran tristeza,

la gente que la ve dice asombrada:
—Inés es muy devota, porque reza.—

Los ojos bajos y la faz contrita,
trémulos y turbados sus acentos,
toma y lleva á su frente agua bendita
para ahuyentar los malos pensamientos.

Deja correr las cuentas del rosario
entre sus dedos de alabastro y grana,
como en el blanco lirio solitario
deja correr sus perlas la mañana.

Cuantos miran á Inés rezar sumisa
y oyen la voz con que piedad implora
y ven que, puesta en cruz, toda la misa
solloza, ruega, se estremece y llora;

Al ver su rostro en lágrimas deshecho
con santa unción resplandecer ufano;
las reliquias que cuelgan de su pecho,
las novenas que tiemblan en su mano;

Juzgan verdad su devoción sagrada,
cierta juzgan su mística tristeza,
é ignoran que la dama arrodillada
no viene á orar... y sin embargo, reza.

Entre orar y rezar hay un abismo
que ni medir ni escudriñar me toca:
el rezo y la oración no son lo mismo,
que no es lo mismo el alma que la boca.

Inés, del templo en la imponente calma,
por rendir culto á Dios le infiere agravios:
su rezo está en la boca, no en el alma...
¡La oración, en el alma, no en los labios!

La dulce fe de sus primeros días
mataron en Inés, los desengaños,
y hoy reza en alta voz, *Avemarías*
iguales ¡ay! á las de aquellos años.

¿Qué son las tiernas frases de su boca?
Gritos que aturdirán su propio duelo...
Flores con que su afán cubre una roca
coronada de témpanos de hielo

Víctima de su gracia y su belleza,
tiene Inés una historia de dolores,
y recuerda su historia cuando reza
queriendo despertar tiempos mejores.

Rezando sin orar en voz muy alta,
ofende al templo del Señor, sagrado,
pues pone allí para encubrir su falta
el rezo como escudo del pecado.

Es incrédula y júzganla creyente;
llena con falso culto el alma hueca,
y así á la faz de Dios rezando miente,
y el mundo ignora que rezando peca.

¡El mundo! Vedle... toma como ejemplo
de santa unción á Inés que está llorando...
¿Ejemplo? Sí, de las que van al templo
hijas del mal para pecar rezando.

¿Cómo ensalzar sus aparentes galas
de misticismo y devoción?—Del cielo
es la oración que al agitar sus alas
ni polvo ni rumor alza en el suelo.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

# VENTURA DE LA VEGA

A MARTÍN GARCÍA MÉROU

Buenos Aires, edén que el Plata riega
con imponente y colosal murmullo,
calentó en su regazo con orgullo
al inmortal Ventura de la Vega.

Con donaire gentil, su musa griega
en el vergel hispano abrió el capullo,
y de teatrales triunfos al arrullo
áureas coronas á su patria lega.

Para ensanchar su monte de laureles,
le faltó la arrogancia de Quevedo
ante un trono y sus torpes oropeles;

Ni supo, como Heredia y como Olmedo,
trocar en férrea espada sus cinceles,
y lidiar por América y su credo.

VICTORIANO E. MONTES.

# UNA FRASE DE DUMAS



—¡Qué reunión tan *cursi* aquella!
te juro que me he lucido;
*¡cuánto me hubiera aburrido*
*á no encontrarme yo en ella!*

## EPIGRAMA

—¿Conque es verdad que Torcuato
ha sido echado á presidio?
—Sí, señor.
—Pero, ¿por qué?
¿tan grave fué su delito
que mereció tal condena?
—¡Oh! muy grave: robo *ilícito*.

# LA BODA DE ESPECTROS

Pasado un año, tras del cual Fernando debía acudir á la cita con su amada, cita que se celebraría á la falda de los montes, junto al mar, sintióse una noche en la superficie de las olas el roce que producían los remos de una lancha, y á poco apareció ésta como punto vago é indefinido.

El terreno, compuesto de grandes montañas y negros arrecifes, estaba sumido en completa oscuridad. Los peñones recibían los golpes del agua y se cubrían de ondas marinas, las cuales, una vez que se hundían por los resquicios y los huecos, permitían asomar de nuevo la cabeza á las rocas, que entonces dejaban ir los chorros por sus grietas, como el nadador por los revueltos rizos de su pelo.

Fernando, entre las espesas sombras de la barca, no parecía hombre ni visión. Un año hacía que al partir para largo viaje dijo á su amada con voz donde había algo de misterioso: «Dentro de un año me esperarás en la *Roca del Diablo*, donde, muerto ó vivo, habré de acudir á la cita.»

El año se cumplía á la una en punto de la noche, y la lancha, conducida por el remero, topaba con el casco en la cadena confusa de las rocas.

Pero, ¿y la mujer con la cual tenía Fernando su cita?

Derramando las miradas por las tinieblas, creíase descubrir allá en el remate de una peña un muñeco sentado como si aguardara algo cuya llegada habría de tardar mucho tiempo. Pero aquella forma no podía asegurarse que fuese la de la amada de Fernando.

Su cabeza se arropaba en un ampuloso velo, cuya inmovilidad tenía la fijeza de la roca; su cintura parecía, vista á alguna distancia, una estalagmita surgida de la piedra, á cuyos lados caían los brazos, también arrebujados, en el manto. El aire de elegancia que la rodeaba, desdecía de un modo poderoso con el ángulo saliente de sus rodillas, ángulo

rígido y extraño, como el que se sorprende en las viejas momias sentadas.

La resaca movía con fatigoso esfuerzo las piedras y conchas de la playa, y dejaba oir su respiración como el enorme pecho de un gigante.

De pronto, el canto de un gallo invisible, que allá en una punta erizada dejó oir sus sones agoreros, bajó de roca en roca, formando largas repercusiones, y á la señal, unas luces inquietas parecidas á sutiles llamas de alcohol, comenzaron á salir de la tierra, y á trazar su marcha de ángulos y curvas en torno de los negros peñascos.

Tras de esta ronda fantástica, que tan pronto se cernía sobre las olas, como subía agitando las moradas alas, salió del seno de las piedras una verdadera invasión de enanos, con dorado espadín, y traje de murciélago; de brujas, mostrando la barba puntiaguda, como remate de chapín, en fastuosas modas antiguas; de duendes, con enorme cabeza y orejas parecidas á grandes abanicos; de endriagos, de cuerpo deforme, y hocico de trompeta; y formas, y seres de origen ignorado, que, cogiéndose de las manos ó de las alas, comenzaron la ascensión del monte entre un escandaloso repicar de broncos latones y plañidos de fúnebres cencerras.

La marea diabólica enmudecía de pronto, y de pronto volvía con mayor ruido y algazara, subiendo siempre las peñas del monte, donde ya trazaba un duende su pirueta y dejaba la voluminosa cabeza moverse en forma de saludo, como esos muñecos de resorte que vemos en los escaparates; ya sacudía una bruja en levantada peña su escoba, y la montaba de nuevo, siguiendo su marcha interrumpida; ya un monstruo formidable bailaba grotescamente y despedía negras serpientes de su cuerpo.

La extraña forma del picacho veía impasible llegar el estrepitoso aquelarre en torno suyo y hacerle mudos saludos y reverencias.

El personaje de la barca puso pie en la arena y se dispuso á subir la roca, donde inmóvil le aguardaba su pareja. Constante en su promesa, y firme é inquebrantable en su reso-

lución, como tomada por espíritu de las vigorosas razas del Norte, acudía sin vacilar á la cita, y no le arredraban la presencia de las visiones ni las sombras y terrores de la noche.

El rumor de sus pasos más bien era chasquido de esqueleto que eco de planta humana; el hábito que le envolvía no dejaba traslucir forma alguna, y solamente señalaba ciertos ángulos cuando el cuerpo se inclinaba á causa de los escollos del camino. Acaso era un espectro el que acudía á la cita, el cual apartó el sauce de su tumba y salió removiendo las acumuladas pavesas del sepulcro.

Trepando el último escollo, llegó por fin al lado del fantasma.

Un suspiro, parecido al que á veces produce el aire en la ruda garganta de las piedras, exhaló el encubierto cuando se hubo arrodillado ante la visión, y otro quejido, seco, desacorde, como el que arroja la cuerda rota de un instrumento, dejó escapar de su boca la mujer, que agitándose bajo los pliegues del manto, abrió los temblorosos brazos para ceñirle.

—«Aquí estoy amoroso y rendido como siempre,—dijo con voz trabajosa el enamorado, bien así como habla de imperfecto fonógrafo.—Pensando en tus amores, atravesé por el humo enrojecido de los combates ansiando volver á verte, alcancé honores, títulos, riquezas con que rodearte del mágico esplendor de una reina; soñando en tu divino beso crucé por caminos llenos de breñas y zarzales; paladín fuí porque me amases; poeta para decirte mis canciones; filósofo para aconsejarte constancia; sabio para enseñarte la ciencia de los perennes amores.»

—«Yo también,—clamó con voz apasionada la visión,—pasé por todas las evoluciones y escalas. En el árbol, fuí hoja movediza para repetir incesantemente tu nombre; fuí rayo de luna para seguir tus pasos en la selva y meter mis hebras de plata por el ramaje, como en un tiempo mis dedos por los revueltos rizos de tu pelo; acordándome de tus labios, fuí claro manantial y sembré de círculos mi espejo para que

asomaras tu rostro y me mirases; poniendo toldo á tu dorada siesta, extendí mis ramas de jazmines cuajadas de oloroso diluvio de estrellas.»

Uno y otro personaje se abrazaron después de pronunciados sus discursos, y el aquelarre agitóse con más inusitado brío que hasta entonces.

Mientras se soldaban los dos fantasmas en un beso, como se sueldan los tallos de piedra en las grutas, la legión de duendes tejía movible collar en torno de una roca, saltaban las brujas desde una cresta para dar en la falda del barranco, giraban los murciélagos rozando unos con otros las alas, y las sutiles llamas de alcohol llenaban de luces errantes las tinieblas.

La claridad del alba venía hacia el monte trazando listas azules en el cielo, é iluminaba con un levísimo resplandor el espectáculo.

A medida que más asomaba el delicado nimbo del sol, los seres iban perdiendo consistencia y realidad, hasta el punto de que, como la niebla se deshace al ser iluminada de lleno por el día, el aquelarre fué disolviéndose por las cimas, no dejando oir en la distancia más que un lejano zumbido de cencerras.

Luego el sol hizo su entrada triunfal en los cielos, y su primer rayo fué á dar en el abrazado grupo de los amantes, que al sentir el calor de la llama, como si fuesen de cristal, saltaron en explosión de huesos con ruido seco y desacorde.

Una tibia que salió por el aire, trazando vueltas vertiginosas, dió en la espalda de un duende que sobre una peña del río movía su desmesurada cabeza, el cual, trocándose al recio golpe en rana de esmeralda, saltó al sosegado líquido y disparó repentinas coces, hasta ocultarse en el enmarañado y profundo lecho de las ovas.

El aire introducido en el agua por el duende, alzó una pequeña burbuja, que se coronó de un punto de luz y siguió el paso de la corriente.

Salvador Rueda.

# AVENTURA EXTRAORDINARIA

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



«Después de vaciar algunas botellas con unos amigos, regresaba la otra noche á mi casa muy alegre, esto sí, pero ¡muy sereno!



Andando, andando, observé que la luna se contraía y ponía una cara muy pálida ¡pero muy pálida!... y muy triste ¡pero muy triste!...



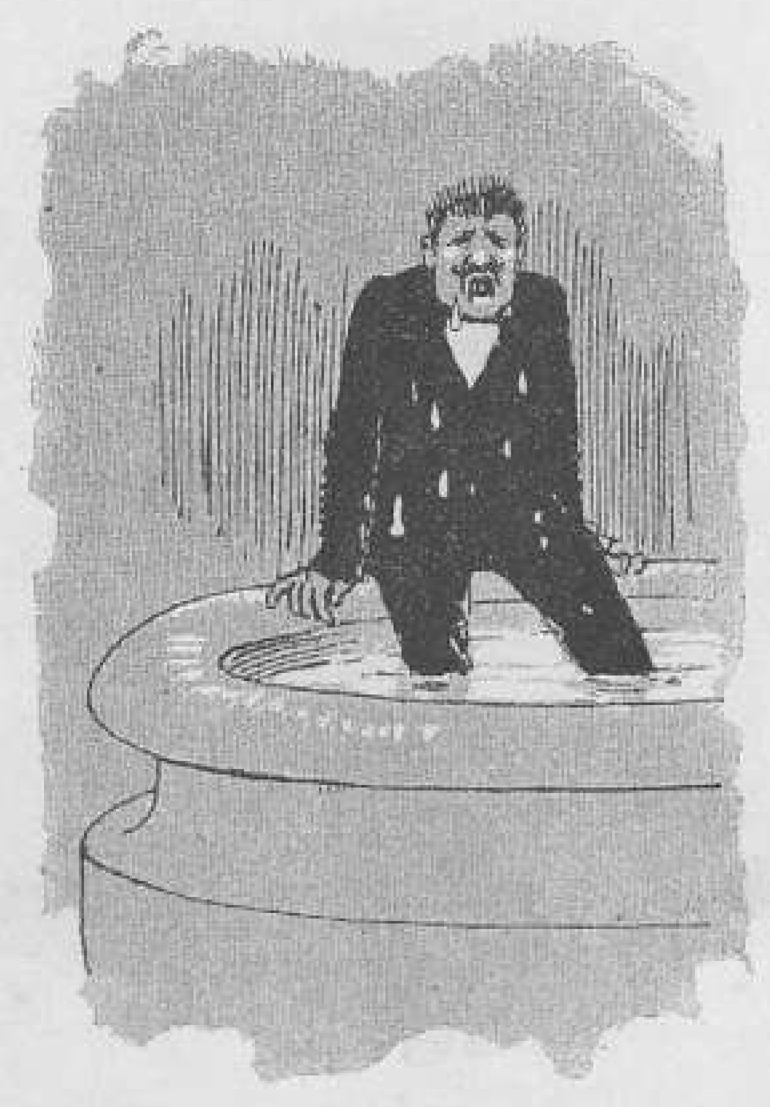
Y me dije: «Aquí ocurre algo extraordinario ¡pero muy extraordinario!... á esta luna va á darle algo.»



Y en efecto, de repente ¡pero muy de repente! empieza á dar volteretas y ¡¡cataplún!! da la luna un tumbo y la veo caerse en una fuente.



Precipitéme inmediatamente ¡pero inmediatamente! para sacarla de allí, mas ¡ay! con tan mala suerte que, poniéndole el pie encima, la rompí en mil pedazos.



Lo que pasó entonces por mí es de todo punto indescriptible ¡pero de todo punto!... ¡¡Héteme aquí culpable de delito de lesa astronomía!!



No obstante, recobrando luego toda mi serenidad ¡pero toda! empecé á recoger los pedacitos de luna para llevármelos á mi casa y recomponer el desaguisado lo mejor que Dios me diera á entender.



Pero no pudiendo con el peso de tanta materia cósmica, caí desplomado. Ignoro lo que después pasaría; ello es que á la noche siguiente la luna volvía á hallarse en su sitio muy bien compuesta... aunque no tanto que no se echaran de ver algunas cicatrices y suturas.

# EN EL CEMENTERIO

Aquí los hados su poder declinan:
los que grandes se llaman y dejando
van tras de sí la esencia de su genio
convertida en objetos de alta gloria,
y bajo aplauso general reciben
la merecida palma ó digno lauro;
los que de la opulencia codiciada
el esplendor difunden por doquiera,
y entregados del ocio á la blandura
sienten ufanos transcurrir las horas;
los que acosados por fatal destino
bajo el rigor de un ímprobo trabajo
pasan el día, y por la noche, sólo
cena frugal sobre su mesa ponen;
todos, en fin, los que cruzando vamos
por diferentes rutas este valle,
es forzoso que al fin de la jornada
reposemos aquí, donde el ambiente
soporífero es las flores mustias,
el silencio profundo y ¡ay! las horas
nuncios no más de perdurable noche.
¡Oh! ¡cuántos seres en su bruma envuelve!
¡Cuántos que fueron de la patria gloria
y del hogar amor, ahora ocupan
este agreste recinto, donde de ellos
ni aun seña leve dejarán los siglos!
Una fuerza secreta los redujo
á condición igual; cayó el magnate
al par del infeliz menesteroso,
y en el cóncavo estrecho que llenaron
lo que uno y otro fué: ¡viles reliquias!
hoy valiosas ofrendas, mármol, bronce,
decoran la mansión de los que hubieron
fortuna ó fama; naturales flores
la de los más, y de vicioso césped
cubierta se halla la mezquina fosa
que al indigente cupo; mas por eso
no será menos grande la memoria
que dejará en herencia á su progenie.
Mármol, bronce y ofrendas de valía
¿la duración del último recuerdo
en vosotros está simbolizada?...

¿Del cariño que fué sois testimonios,
ó fórmulas no más de humana pompa?
¡Ah! los que unidos por estrecho lazo
á mí se hallaban; los que al mismo arrullo
mecidos fueron en mi honesta cuna,
allí gozan de paz; sus restos cubre
sencillo, pobre y solitario nicho;
ni una ofrenda valiosa lo decora
que mi recuerdo ni mi amor pregone;
mas de amor y recuerdo alzado tienen
un preciado y perpetuo monumento
donde en esencia moran: es el alma
que á mármoles y bronces sobrevive.

LADISLAO GONZÁLEZ.

Montevideo.

# LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,
y baile al son de tu cantar la mosca,
que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
y lacia extiende su verdor la parra.

Desde la hiedra que á la vid se agarra
y en su cortina espléndida te embosca,
recuerda el caño de la fuente tosca
y el fresco muro de la blanca jarra.

No consientan tus élictros fatiga,
canta del campo el productivo costo,
ebria del sol y del trabajo amiga.

Canta y excita el inflamante Agosto
á dar el grano de la rubia espiga
y el chorro turbio del ardiente mosto.

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

# INVENTOS

¿Qué escándalo ha precedido
á la invención del vestido?
¡Y qué delitos tan graves
á la invención de las llaves!

BARTRINA.

¡Y qué conflicto casero
á la invención del sombrero!

G. M.

# GEDEÓN ESPERANDO EL TRANVÍA



—¡Sube al coche!...
—¡No, Adalgisa!
—¿Por qué te muestras rehacio?
—¿No ves que anda muy despacio
y yo tengo mucha prisa?
¡Nada! ¡no subo! prefiero,
pues creo que es lo oportuno,
esperar que pase alguno
que ande un poco más ligero.

# LA DICHA

Consuelo, que es muy discreta,
preguntó al padre Raimundo:
—Decidme, ¿por qué en el mundo
no hay nunca dicha completa?
Y alzando al cielo los brazos,
contestó el cura á Consuelo:
—Las dichas caen del cielo,
y al caer, se hacen pedazos.

Casimiro Prieto.




# UN MARIDO VULGAR

—Querida esposa, tengo el gusto de participarte que estamos arruinados.

—¿Arruinados?

—Acabo de declararme en quiebra.

—¿De manera que ya nada existe entre los dos?

—¡Nada!... ni un céntimo.

—Pues bien, nos separaremos.

—Nunca dudé de tus amorosos sentimientos, Sara.

—¿Y piensas que una mujer de mis circunstancias puede amar á un ser vulgar como?...

—¡Como yo! ¿por qué no terminas la frase? ¡Claro! una mujer hermosa, muy hermosa, nacida en encumbrada cuna, criada en la opulencia, educada para... princesa ó cosa así; que vive eternamente rodeada de galanteadores, como de brillantes insectos la rosa; que no escucha más lenguaje que el de la lisonja; que recibe pleito homenaje de todo el mundo, ¿cómo ha de querer al hombre que sin más mérito que el dinero, pierde el único título que tiene á su consideración? ¿Cómo esa mujer, acostumbrada á las declaraciones de amor, ha de prestarse á oir al hombre que la hace declaraciones... de quiebra? ¡Ah! Comprendo todo el desdén que sientes por mí y que en vano has tratado de disimular mientras me has creído rico, pues si no dió reflejos de acero á tu mirada, como ahora, en cambio siempre sentí su frialdad en tus besos.

—¡Eso es una calumnia infame!

—¿Calumnia dices?

—Sí, yo me casé contigo por inclinación...

—Es verdad: por *inclinación*... á mi dinero.

—¡Miserable!

—Y lo peor es que me creí amado... es decir, no fué eso lo peor, sino que me creí feliz.. ¡qué manera de florecer las ilusiones en mi alma! Aquello era una rosada primavera... ¡así fué el desencanto que tuve cuando empezaron á marchitarse, al faltarles la luz de tus ojos negros! Nunca hubiera creído que fuese tan dolorosa la herida que deja en el corazón un desengaño amoroso... ¡Cuánto y cuánto sufrí! Por un momento pensé volverme loco; pero, reflexionándolo mejor, comprendí que no había para qué temer ese peligro... pues ya lo estaba. Verdad que no lo había notado hasta entonces. ¿Acaso, si no hubiese estado loco, me habría casado con una mujer acostumbrada á los esplendores del lujo, y nacida, no para embellecer el hogar, sino para servir de adorno en los salones? ¡Cuántas veces he tenido envidia á más de un desconocido, al verte palpitante y sonriente en sus brazos, durante un vals!

—Jamás he olvidado lo que debo á mi decoro.

—Y sin embargo, más de una vez ha cruzado por mis ojos la nube roja de los celos... ¡Sí, Sara! me he atrevido á ser celoso... ¡yo, un miserable gusano, celoso de los astros!... Pero, ¡qué quieres! Se trataba de mi mujer y no podía conformarme con la idea de que perteneciese más á la sociedad que á mí...

—Eres injusto conmigo, Pablo; yo te he querido...

—Pues lo has disimulado mucho. Con razón me decía una noche, en el baile de las de Rosales, cierto poeta satírico, al ver que no nos hablábamos:—¿Se aman ustedes... en secreto?

—En suma...

—Sí, en suma: estamos arruinados.

—¡Qué horror!

—Comprendo que es un golpe muy duro para tí; porque no hay nada más terrible que descender á la miseria por escalinatas de mármol...

—¡Oh! ¡jamás! Es necesario que rehagas al punto tu fortuna, Pablo; si me amas, como dices, no querrás hacerme sufrir... ¿Ves? las lágrimas corren por mis mejillas... son las primeras que vierto... ¡y tiemblo al pensar que pudiera presentarse en este momento alguno de nuestros amigos... debo estar horrorosa con los ojos hinchados por el llanto... ¡Ah, no! tú no puedes mirar impasible mi dolor. ¿Verdad, Pablo? Es necesario que apartes de mi vista el negro fantasma de la miseria... ¡me hace daño, mucho daño!

—Sólo un camino nos queda para recuperar nuestra fortuna.

—¿Cuál?

—Camino lleno de espinas; pero no olvides que el camino que conduce á la verdadera dicha tiene más espinas que rosas.

—Pues bien, habla; estoy dispuesta á todo.

—¿A todo, Sara?

—Sí, ¡á todo! Aunque sienta desgarrada mi alma por las zarzas del camino, me verás avanzar serena con la resignación en la mirada y la sonrisa en los labios.... ¿Qué exiges de mí? ¡contesta! con tal que no tenga que desprenderme de mis

trenes, y de mis galas, y del fausto que me rodea, haré... ¡cualquier sacrificio!

—¡Oh! ¡eso sería... *demasiado!*

—¿Te ríes?

—¡Desdichada! Precisamente ese fausto y esos trenes que tanto lisonjean tu vanidad, son los que nos han conducido á la ruina, ¡y bien aprisa por cierto! Verdad que hemos ido á ella arrastrados por nuestros fogosos rusos.

—Entonces, ¿qué camino es ese de que me hablabas?

—El del trabajo.

—¡Bah!

—Y la economía.

—¡Bah!

—No queda otro.

—¡Linda manera de resolver la cuestión! De modo, que mientras buscas en el trabajo honrado,—porque supongo que será honrado, ¡te conozco bien!—el medio de recuperar lo que has perdido en necias especulaciones de Bolsa, he de resignarme con mi suerte y renunciar á mi palco de la Ópera, y á mis rusos, y á mis paseos favoritos, y á mis triunfos en los salones, y, lo que es peor, ¡mil veces peor! he de abdicar el cetro de la elegancia y de la hermosura en manos de mis rivales, ¿no es eso?

—Precisamente eso es lo que quiero; y que en vez de ser la mujer... de todo el mundo, seas la mujer de tu marido.

—Y que en lugar de frecuentar la sociedad, me consagre á los quehaceres domésticos... ¿por qué no sigues?

—¡Si supieras qué hermosa es la mujer en su casa! Podrá en los salones y en la calle no perder su belleza, pero, créeme, pierde su poesía.

—Elocuencia... de quebrado, que no me convence.

—Pues lo siento por tí.

—¡El hogar!... ¡La familia!... Estás insoportable con tus vulgaridades. ¿Crees que Dios me ha dado estos ojos para que brillen en la oscuridad?

—¿No ha encendido Dios los astros para que brillen en ella?

—Estás loco, Pablo... ¡No! esta garganta y este seno, que tan bellas estrofas han inspirado á nuestros poetas, no han sido formados seguramente para que se oculten bajo el modesto percal, sino para que brillen desnudos entre espumas de encaje... ¡Ah! ¡eres muy cruel conmigo!... ¡condenarme á vivir en una oscura medianía! ¡pretender que renuncie á esa vida de esplendores á que me llama mi juventud y mi hermosura! ¡privarme del aplauso de los hombres y de la envidia de las mujeres! ¡y todo con el pretexto de rehacer una fortuna por medio del trabajo lento y asiduo, de que sólo podré disfrutar... ¡quién sabe!... ¡cuando sea vieja!

—¿Pues no estabas dispuesta á hacer cualquier sacrificio?

—Sí... estaba dispuesta á todo, ¡á todo! á idolatrarte... ¡á bailar contigo!

—A todo, menos á renunciar á tus vanidades locas. Pues bien, Sara; es necesario que te dispongas á abandonar esta casa.

—¿Abandonar mi casa?

—Ya no es tuya... es de mis acreedores.

—¡Pero esto es una iniquidad!

—Ya te he dicho que estamos arruinados.

—Pues bien, saldré; pero saldré sola.

—Libre eres como el viento... ¿á qué querer encadenar un corazón que no late por mí? Cometí la locura de poner mi fortuna y mi felicidad á una carta de amor y no debo quejarme de los reveses de la suerte. Podría invocar mis derechos de esposo, pero, ¿qué conseguiría con esto? exacerbar tu odio y ahondar más el abismo que nos separa. ¡No! acepto resignado el castigo de mi torpeza y te dejo en libertad de seguir el camino que más te cuadre.

—¡Esto más!

—Anda, abierta tienes la casa de tus padres; ya que no supieron educarte, que sepan al menos defenderte contra los rigores de la fortuna. Anda, brilla en los salones; muestra tus desnudeces de estatua; presta oído amable á los arrullos de la lisonja; olvídate de mi cariño, si quieres; pero cuida que mi nombre no ruede por el lodo, porque entonces...

—¡Por Dios, Pablo! me das miedo... ¿qué ibas á decir?

—Nada... una vulgaridad.

—¡Ah! ¡no, Pablo! No era una vulgaridad lo que pensabas; algo ha brillado en tus ojos, donde hasta ahora no había visto más que mansedumbre, que te ha transfigurado por completo, que te ha presentado á mi vista... ¡terriblemente hermoso!

—¿De veras?

—¡Pablo!

—¿Bajas la cabeza?... ¿suspiras?

—Sí... de pena, de... ¡qué sé yo! ¡Y pensar que he vivido dos años á su lado sin conocerle! Verdad que hasta hoy no he visto su alma, toda su alma; esa alma que creía vulgar y que ha brillado en magnífica explosión de luz en sus ojos...

—¿Qué estás diciendo?

—¡Perdóname, Pablo!

—Pero, ¡Dios mío! ¿estás delirando? ¡esto sólo nos faltaba! ¡La infeliz se ha vuelto loca! ¡loca!... ¡ruina sobre ruina!

—No, Pablo, te engañas; no estoy loca, es que... no sé cómo decirte...

—¿Que todo ha concluído entre los dos? Ya lo sabía, y ya te he dicho que eres libre como el viento; no puedo exigir de tí el sacrificio de que compartas conmigo mi miseria, después de haber compartido mi fortuna; si aspiré á tu cariño en la opulencia, ¿cómo he de pretender tu amor en la desgracia? Tú te perteneces á la sociedad, á esa sociedad que te admira, que te aplaude, que te envuelve en nubes de incienso y en lluvia de flores, y sería locura querer que descendieses de tu excelso trono para escuchar las vulgaridades de un marido, que ya no tiene á tu cariño ni *títulos* cotizables siquiera. No, Sara; no te detengo más; parte, aléjate de mi lado... ¡y sé feliz!

—¿Y si te dijera una cosa, Pablo?

—¿Qué?

—¿Y si te dijera?...

—¿Por qué bajas los ojos al suelo? ¿qué significa esa turbación?

—Pues significa... ¡que te amo!

—¿Eh?

—Pablo, ¡por Dios! ¡perdóname; he sido una loca, una necia, una infame! Te juzgué de grosero barro...

—Y has visto que soy un diamante... *en bruto*.

—No seas cruel... ¿por qué me miras con ese aire burlón? ¿dudas, acaso, de mi arrepentimiento? pues haces mal, Pablo.

—¿Y no te asusta ya la miseria?

—No, si desciendo á ella contigo. Teniendo tu cariño, Pablo, ¿qué me importa ya de todo ese lujo que hasta ahora ha halagado mi vanidad, nunca mi corazón?

—Pues bien, ya que me has confesado tu falta, voy á confesarte también la mía.

—¿La tuya?

—Sí, Sara, te he engañado; no hay tal quiebra ni tal ruina; quise sólo evocar ante tus ojos el fantasma de la miseria, para ver si, acobardada á su presencia, volvías al buen camino... y Dios te ha tocado en el corazón.

—¡Buen susto me has dado!

—Yo no quiero que dejes de brillar en los salones por tus galas; pero quiero que brilles más todavía por tus virtudes. Gasta con moderación y no eches por la ventana lo que tantos sudores me cuesta. Y, sobre todo, lo que más exijo de tí, es que, en cambio de mi cariño y de mi fortuna, seas la mujer de tu marido y no la mujer de todo el mundo. Si el mundo quiere mujer... ¡que se case!

Casimiro Prieto.



# CUENTA CLARA



—¿Es habano, don Tomás?
—¿Si es habano? ¡y de los buenos!
—Y... ¿le quedan á usted más?
—No, señor: me quedan menos.

# SONETO

Ayer dictaba leyes á porfía
haciéndolas cumplir una por una;
desde el rey al de más humilde cuna
honraron del privado la energía.
El monarca, de dones le cubría,
los nobles, le aumentaban la fortuna,
y halagado don Alvaro de Luna,
un titán en la tierra se creía.
Tu orgullo y vanidad, hombre altanero,
te robaron la gracia soberana.
Hoy mueres en cadalso horrible y fiero,
é impasible la turba cortesana
lo mismo erige en ídolo á un madero
que hace tizones con la carne humana.

VICENTE R. JORDÁN.

# NUESTROS COLABORADORES




## Sra. D.ª Lastenia Larriva de Llona

INSPIRADA POETISA Y DISTINGUIDA NOVELISTA PERUANA

# A ESPAÑA

## EN LA MUERTE DEL REY DON ALFONSO XII

¡Madre de gloriosísimos anales!
También mi parte en tu dolor reclamo,
y, junto con tus lágrimas, derramo
mis lágrimas amargas á raudales.

Fué mi patria, en los tiempos coloniales,
de tu gran tronco predilecto ramo;
y allá en su suelo, que venero y amo,
palacios erigiste y catedrales.

¡Lo están diciendo esas recientes ruinas
que hoy riegan mis hermanos con su lloro:
si de sus ricas fabulosas minas

ella te dió en un tiempo plata y oro,
Ciencias le diste y Artes peregrinas,
y de la Cruz el celestial tesoro!

Lastenia L. de Llona.

# MELODÍA

A LA SEÑORA LASTENIA LARRIVA DE LLONA

Cuando juegan tus dedos sobre el teclado
y arrancas vivas notas al instrumento,
hacia un mundo imposible que yo he soñado
blandamente se eleva mi pensamiento.

Y en ese mundo vago, que tú revistes,
al dulce son, de vidas y de alborozos,
ni murmuran los labios adioses tristes,
ni conmueven el pecho tristes sollozos.

Allí el alma en transportes de fe se exhala,
y todos los misterios alzan su velo,

y todos los ensueños tienden el ala,
y todas las ternuras tienden el vuelo.

Allí de nuevo lucen los muertos días,
allí de nuevo brillan las muertas teas;
todos los pensamientos son armonías
y todos los acordes tienen ideas.

Ni el soñador lamenta su bien perdido,
ni el dolor le tortura con mano fuerte,
ni sus siniestras alas tiende el olvido,
ni sus trágicas sombras tiende la muerte.

Allí bardo y guerrero tocan la meta
donde, unidos, sus nombres graba la historia;
allí cada heroísmo tiene un poeta
y allí cada poeta tiene una gloria.

Allí á su propio bardo busca el guerrero,
y el guerrero y el bardo se unen amantes;
y Aquiles en sus brazos levanta á Homero,
y el *Loco* entre los suyos alza á Cervantes.

Allí el mártir implora por el verdugo,
y no cabe en las almas rencor ni saña,
el Imperio recuerda sin odios Hugo,
y sin odios recuerda Caldas á España.

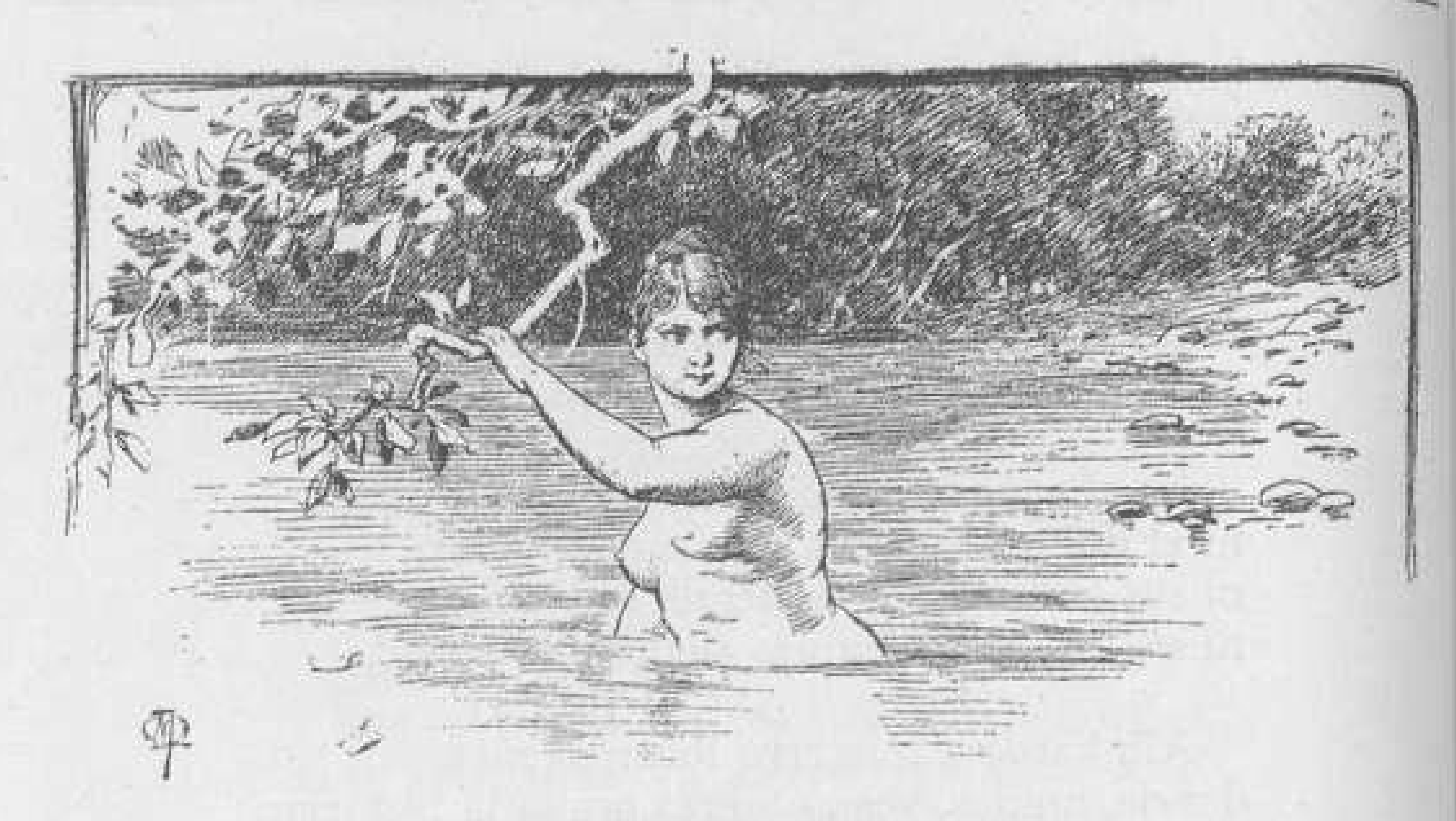
Allí en todos los labios hay una risa,
y hondas satisfacciones tiene el deseo,
y al lado de Abelardo sueña Eloísa,
y al lado de Julieta canta Romeo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡No cesen tus acordes! que el pensamiento
vaga por esos mundos que se ha forjado,
mientras arrancas notas al instrumento,
al resbalar tus dedos sobre el teclado.

José Rivas Groot.

Bogotá.



# GRANDEZA MORAL

## A ORILLAS DEL RÍO CALI, EN EL VALLE DEL CAUCA

---

Á MI AMADA ESPOSA, DOÑA LASTENIA L. DE LLONA

Llegamos á aquel sitio en donde el río,
como en muelle descanso,
tras largo viaje y ronco vocerío,
formaba hondo remanso;

Donde, en mi alegre infancia ya remota,
al dejar la triste aula,—
como bandada de aves que alborota
libre al fin de la jaula,—

Yo, con mis bulliciosos compañeros,
desde altura vecina
nos lanzábamos ágiles, ligeros,
en la onda cristalina;

Y, cada cual, de su destreza alarde
haciendo entre clamores,
nadábamos sin tregua, de la tarde
á los tibios fulgores...—

Ansiaba yo que la adorada mía,
lejos de los extraños,
y en la mañana de ese ardiente día,
—al través de los años,

¡De más de siete lustros á distancia—
bañara su hermosura

en el mismo lugar que de mi infancia
vió la fugaz ventura!

La escena era grandiosa:—Al lado nuestro,
atados los caballos
á las plantas en flor, por el cabestro,
pacían verdes tallos;

El Cali sesgo y cristalino al frente,
como sierpe de plata,
arrastraba entre rocas su corriente
con voz sonante y grata;

Allende el río, fértiles collados;
detrás, el arduo monte
que con severos tintes aplomados
cerraba el horizonte;

Alrededor, vastísimas llanuras,
boscajes y praderas...
y en el lejano fondo, las alturas
de azules cordilleras;

Y sobre aquel inmenso panorama,
cual de zafiro un velo,
al través de la atmósfera de llama
vasto, profundo el cielo!...

¡Delante de esa gran Naturaleza
do el ser absorto se hunde;
cerca mirando la inmortal belleza
que vida á mi alma infunde;

De infinita ventura rebosante,
al Dios que el orbe rige,
alzando mudo el corazón amante,
por su bondad bendije!...—

Ella escuchando mi vivaz deseo,
la voz de mi ternura,
libre dejó de todo vano arreo
su olímpica figura;

Y, cual la hurí que el mahometano sueña
en su oriental reposo;
como la Eva mágica y risueña
de ese Edén venturoso;

¡Como la antigua majestuosa Diana,
en leve albo ropaje
con su casta hermosura soberana
iluminó el paisaje!

Y al fin sus formas de belleza suma
como las griegas ninfas,
formando surcos de bullente espuma,
sumergió entre las linfas...

¡Ah! ¡no contaba yo con las mudanzas
que sufre el Universo;
y olvidé las aleves asechanzas
de nuestro hado perverso!

De ese remanso plácido y tranquilo,—
¡más que las rocas fuerte,—
hizo el tiempo *una rápida*, un asilo
oculto, de la muerte!...

¡De repente escuché de mi adorada
un grito penetrante;
y á mí la ví volver acongojada
su pálido semblante!

—¡Ay! ¡el agua me arrastra, esposo mío!
clamaba en voz doliente:
¡en vano lucho del pujante río
con la veloz corriente!

Y al pétreo fondo se aferraba en vano,
como al tronco las hiedras;
¡pues resbalaba su pequeña mano
en las lamosas piedras!

¡Oh, tremendo peligro! ¡oh, duro trance!
¡el raudal turbulento
que la arrastraba, lejos de mi alcance,
como empuje violento!

Y á breve trecho, rauda catarata
del río en la revuelta
do su corriente ronca se desata
en tumbos mil disuelta;

Do, arrebatando piedras resonantes,
que allá en su fondo choca,
va á estrellarse con ímpetus pujantes
en muralla de roca;

Donde en montañas de agua se derrumba
con fiero paroxismo;
¡vasta, siniestra, inevitable tumba!
¡fúnebre, horrendo abismo!...

¡É iba á morir en ese vórtice!—Ella,
el ser privilegiado,

tan inspirada y santa como bella,—
por ciega ley del Hado!

¡Iba á morir, la víctima inocente
de atroz destino infausto,
cual paloma ofrecida ante inclemente
deidad, en holocausto!

¡Y ese monte, ese valle, y cuanto encierra
el terrenal asiento,
quedaban en quietud! ¡Muda la Tierra,
y mudo el Firmamento!

¡Y atado yo, cual réprobo, á la orilla
por mi fatal dolencia,
iba á mirar á ese ángel sin mancilla
morir en mi presencia!...

¡Ah! ¡no! ¡jamás! Rasgando mi vestido
con ansiedad vehemente,
cual por fuerza titánica impelido,
lancéme en la corriente.

Cogí sus manos, entre angustias ondas,
con desusado brío;
y en pie logró ponerse entre las ondas
tumultuosas del río;

Pero en el sitio aquél más recia y brava
era ya la avenida,
y á contrastar su empuje no bastaba
nuestra fuerza, aunque unida!...

Y entonces, ¡ay! en su congoja extrema,
en tan terrible instante,
¡lanzó una voz de elevación suprema
su corazón gigante!

—*¿No lo ves? nuestro esfuerzo es impotente*
*á resistir la ola:*
*vas á morir conmigo inútilmente;*
DÉJAME MORIR SOLA!!!— [1]

¡Oh, voz sublime! ¡acento sin segundo!
¡Grandioso, excelso grito
de abnegación inmensa como el mundo!
¡Eco de lo infinito!...

¡Y ese grande clamor de sus entrañas
rasgó también el viento,

[1] Rigurosamente exacto.— En Noviembre de 1884.

sin que aquellas inmóviles montañas
temblaran en su asiento!

¡Sin que, en mi derredor, se estremeciera
cuanto sustenta el suelo!
¡Sin que, allá arriba, la azulada esfera
se turbara, del cielo!...

¡No! ¡ante el prodigio de moral grandeza
de ese clamor doliente,
proseguiste también, Naturaleza,
tu curso indiferente!...

¡De esta raza de Adán que hacia la fosa
por tu seno se arrastra,
no eres, tú, no, la madre cariñosa,
sino la atroz madrastra!

¡Pues de la Humanidad miras tú en calma
la dicha ó la miseria,
un abismo sin fondo hay entre el Alma
y la inerte Materia!

¡Ni chispa del espíritu circunda
tu vana forma externa!
¡Será sin fin tu material coyunda!
¡Será tu noche eterna!...—

¡Yo atónito la oí, de asombro lleno
y de amor y alborozo;
en lágrimas bañado, henchido el seno
de un trémulo sollozo!

—¡Abandonarte, yo, ángel mío!... ¡nunca!
El Cielo me es testigo:
¡O la muerte también mi vida trunca,
O salvarás conmigo!

¡Sí, yo te salvaré ó, entrelazados
en firme abrazo estrecho,
el río á nuestros cuerpos destrozados
dará mortuorio lecho!—

Y, doblando mi fuerza en ese instante
la emoción poderosa,
logré arrancarla, débil, vacilante,
del agua procelosa;

¡Y al asentar su planta, del ribazo
en la menuda arena,
dobló su blanca sién sobre mi brazo,
cual pálida azucena!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Óyeme, luz de la existencia mía!—
¡Inmensos son los dones
que en mí has vertido, desde el fausto día
de nuestros corazones!

En tí encontré la encarnación viviente
del Ideal, que en vano
buscaba por la tierra eternamente,
con desvarío insano;

Tú el díctamo pusiste, de mi seno
en la incurable llaga;
Tú has sido, amada mía, el Angel Bueno
De mi existencia aciaga!

De mi vida de acerbas desventuras,
de infortunio sin nombre,
compensación, que el Dios de las alturas
reserva siempre al hombre!

Aurora celestial, tras los horrores
de nocturno delirio!
¡Glorioso galardón de mis dolores;
palma de mi martirio!

De tu inefable voz al són primero,
se destruyó el conjuro
con que el Bien me vedó torvo hechicero
como con triple muro.

De triste Duda las oscuras vías
salvé, asido á tu veste,
como guiaba al hijo de Tobías
el Arcángel celeste;

Cual con su arpa David, del Rey insano
las fúnebres visiones,
mis recuerdos disipas, de tu piano
con los vibrantes sones;

Blanca paloma,—tú, en el cataclismo
dó naufragara todo,—
me trajiste la fe, sobre un abismo
de llanto y sangre y lodo;

Y con la fe, me diste la esperanza
que lloraba perdida;
y, con flores de eterna venturanza,
refloreció mi vida!

Y fué, á tu lado, la existencia mía,
porque así Dios lo quiso,
Ánfora inagotable de ambrosía,
terrestre paraíso!...—

Nadie comprende como yo el tesoro
que tu almo ser encierra,
valioso más que las montañas de oro
de tu peruana tierra!

De gracia, ingenio y de virtud los dones
con que Dios te ha colmado,
de todas las humanas perfecciones
como único dechado!...—

Por tantas dichas, por tan dulces bienes
con que tu amor la inunda,
también en mi alma los tesoros tienes
de gratitud profunda;

Por tan diversas perfecciones altas
que en tí observo con pasmo,
—lo sabes bien—mi admiración exaltas,
mi perpetuo entusiasmo!...—

Mas el grito por tu alma formulado
en tan supremo instante,
á tu sublime ser me ha encadenado
con nudos de diamante!

Que, á esa voz, como á un lampo repentino,
ví la moral grandeza
que unida llevas en tu ser divino
al genio y la belleza;

Y contemplé asombrado tu heroísmo,
como desde alta cumbre
se descubre de luz inmenso abismo,
golfo sin fin de lumbre!...

Y por eso, al recuerdo de aquel día
de tan mortal congoja,
que aun con el sudor de la agonía
mi yerta frente moja:

Cuando mi mente, vuelta hacia el Pasado,
las palabras evoca
que escuché, en ese instante incomparado,
de tu divina boca;

De tu afecto sin límite á la idea,
con que en el trance adverso

tu alma, en su sacrificio gigantea,
dominó al Universo;

De tu moral excelsitud sencilla
al grito heróico y tierno...
doblo ante tí, Lastenia, la rodilla
y absorto me prosterno!

Y humilde beso, en religiosa ofrenda,
el polvo que levantas
al estampar en la terrestre senda
tus celestiales plantas!

NUMA P. LLONA.



# Á MARÍA TERESA MÉNDEZ CASARIEGO

Si es verdad lo que un sabio me decía,
hablando ayer de la celeste esfera,
que del ardiente beso de dos astros
nacieron una noche las estrellas;

Tú, que eres la esencia del perfume,
de la luz, del candor y la modestia,
¿por qué no suponer que hayas nacido
de algún beso del sol á una violeta?

GERVASIO MÉNDEZ.

# EL AMA DE CRÍA



—¿Con este tiempo frío y destemplado
saca usted al niño tan desabrigado?
pero, ¡por Dios, mujer! ¡qué poco seso!
—¿Y á usted se le figura
que un chico de tres meses, entiende eso
de la temperatura?

# A...

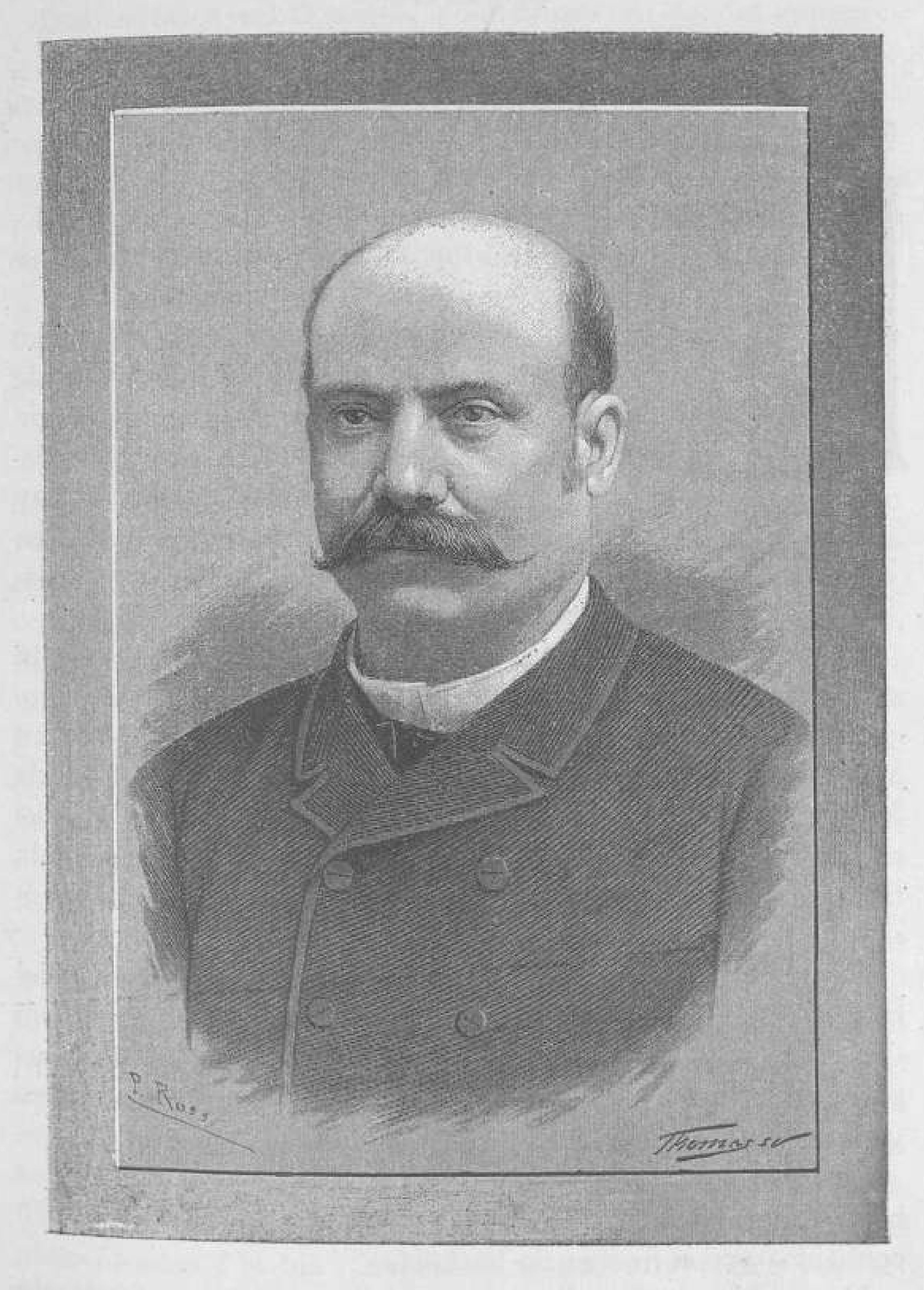
Cual ruedan entre márgenes floridas
del arroyuelo las radiantes aguas,
así mis horas
entre las rosas de tu amor resbalan.

Cual se deshace en el ardiente estío
la nube oscura en transparente gasa,
así mis duelos
se funden al calor de tu mirada.

Cual se envuelve la noche en sus crespones,
del sol llorando la lejana marcha,
así en mi espíritu
surgen las sombras si tu luz le falta.

Calixto Oyuela.

# NUESTROS COLABORADORES

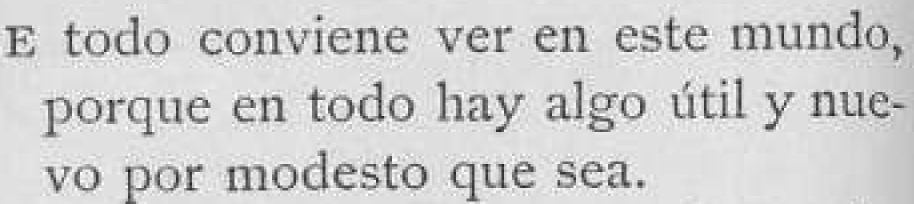


## D. Enrique Ortega

DISTINGUIDO ESCRITOR ESPAÑOL

# MOTRICO

(CAPÍTULO DE VIAJES)



DE todo conviene ver en este mundo, porque en todo hay algo útil y nuevo por modesto que sea.

Puedo asegurar que si mucho puede decirse de las maravillas de París y Londres, de las bellezas de Suiza é Italia y de las peculiaridades de Alemania y Rusia, no hay motivo para dejar por completo en el tintero algunas de las mil pintorescas y variadas escenas de España.

Y no me referiré á las esplendideces de la Semana Santa en Sevilla ó Toledo, ni á las fiestas de la Pilarica en Zaragoza, ni de la Madre de los Desamparados ó de san Vicente en Valencia, ni á las interesantes romerías de Galicia, ó á las de Montserrat y otras no menos renombradas en sus regiones respectivas. Voy á solazarme unos momentos recordando la fiesta principal, con corrida de toros y todo, del pueblo histórico de Motrico.

En aquel rincón de la península ibérica y esquina del Océano, nacieron insignes varones, entre ellos el marino Churruca, cuya gloria guarda ufana la hispana historia en sus páginas. Ahora es un pueblecito de pescadores, de industriales y de agricultores.

De aquel puerto mezquino salen á la pesca del *bou* los bravos marineros, para quienes las terribles *galernas* son bien conocidas y con frecuencia burladas.

Motrico está situado en la misma montaña, formando anfiteatro sobre el mar, que llega á besar humilde sus muros. No tiene playa, y en uno de sus lados se ve un buen estable-

cimiento de baños que llena el vacío para los que quieren ponerse en remojo en agua salada.

Los edificios escalonados, abundantes en piedra ennegrecida por el tiempo y las brisas salitrosas del mar, se ven por unos sitios con tres ó cuatros pisos de altura, en tanto que esos mismos, por el lado posterior, tienen sólo uno ó á lo más dos.

En la comunicación de unas calles con otras hay necesidad de hacer rampas y escalinatas que salven las sinuosidades del terreno.

No es bello Motrico, pero para sus hijos tiene el encanto que dió vida al refrán: «No hay patria fea.»

Las fiestas del pueblo se celebran á mediados de Julio.

Al anuncio de «Toros en Motrico,» Aurresco, Zortzico y demás atractivos religiosos y profanos, entre los que figura con ventaja el baile en los salones del Ayuntamiento, se organizan expediciones de la alegre juventud florida de ambos sexos, vecinos ó residentes veraniegos de Deva, Saturrarán, Elgoibar, Zumaya, Mendara y Alzola.

Los *canastos,* coches de alquiler muy abundantes en esos pueblos, se ponen en movimiento por todas partes y á buen paso llevan preciosa carga por aquellos bien tenidos caminos vecinales, que cruzan montañas y serpentean á orillas del mar en largos trechos, cuando no se ocultan en revueltos giros por las profundidades de las angostas quebradas.

La campana de la iglesia del pueblo saluda con su voz argentina á los forasteros; los vecinos preparan sus galas y alistan las habitaciones para recibir á los visitantes, especialmente los que tienen casa con balcones á la plaza, que es el punto adonde convergen todos los recreos, y se convierten esos días en voluntarios y gozosos esclavos de sus relaciones.

El tamboril y el pito se dan pocos momentos de descanso. Tocata á la mañanita para empezar desde temprano las buenas obras: tocata á la hora de misa: tocata á las doce por ser medio día.

En la iglesia se ha reunido el pueblo entero. Los que no pueden asistir á la misa mayor, con su correspondiente sermón

en vasco, han ido á las misas rezadas, dichas más temprano.

Un paréntesis abre á la fiesta pública la hora de comer. El silencio reina en el pueblo, por no llegar hasta la vía pública el rumor sordo de muelas que mastican y las voces y risotadas de los que comiendo charlan.

La tarde es aguardada con ansia.

El *aurresco* lo danzan los niños y niñas del pueblo con limpísimos trajes y abundancia de garbo y donosura.

Las primeras veces que oye uno que no es vasco esa música discordante del pito y el tamboril la encuentra desapacible y de mal gusto; pero pronto el tímpano herido se cicatriza y se halla poético encanto en recordar aquellos aires inocentones y monótonos que tan bien pintan las costumbres patriarcales de aquellos pueblos dichosos.

El zortzico se deja oir en la plaza con gran contentamiento de todos. Porque hay que notar que el aurresco es más solemne y tiene sus puntas de baile clásico ó ceremonia simbólica, y el zortzico, como la jota aragonesa, que ha logrado hacerse conocer en el mundo entero, es más juguetón y enardece más la sangre de los jóvenes, rejuveneciendo la de los viejos.

En medio de la plaza está la estatua del héroe de Trafalgar, severa, tranquila, como presidiendo bondadosamente aquellas expansiones de que él en su juventud disfrutaría.

Esparcidas en torno del pedestal, y á prudentes distancias, hay varios toneles grandes que han de servir á los toreros para burlar á la fiera.

El momento se acerca. Los balcones están cuajados de cabezas que miran ávidamente. En la escalinata de la iglesia está la banda de música y detrás el buen pueblo, que no cambiaría en aquel momento su asiento de piedra por el curul romano.

Sale el toro por un callejón tapado con unas tablas y es saludado por una exclamación unánime con que la masa total de los espectadores expresa el alegre horror que le causa el que llaman, por una convencionalidad admitida, toro bravo.

¡Pobre animal! Tan cariñoso con todos, desea más bien acercarse á comer un puñado de alfalfa en la mano que ponerse á dar cornadas á nadie.

¿Qué le han hecho á él para que en una hora vaya á cambiar sus hábitos pacíficos y se meta á camorrista?

Si no tiene resentimientos que vengar, ¿por qué ha de hacer uso de sus cuernos en contra de sus buenos amigos de todo el año?

Sin embargo, en la plaza hay unos seres extraordinarios, vestidos de colorines y con unos trapos grandes de color ladrillo á quienes no conoce y de los que recela alguna traición.

¿Qué serán aquellos tipos que él no ha visto nunca con tales atavíos y que le desafían, le insultan, le llaman buey, flojo, cobarde, le agarran la cola y le zarandean olvidando todo respeto, y metiéndole el trapo colorado por los hocicos provocándole á descomunal batalla?

—¡Pues á vernos las caras! dice al fin el berrendo enojado. ¡A ver dónde están los guapos!

Y ciego de coraje equivoca los adversarios y les da topetadas á los toneles vacíos, que ruedan ruidosamente por el suelo. El toro casi se asusta de su propia obra, y pasado el primer momento de ira reflexiona, y después de un breve raciocinio vacuno, se decide á no cometer más crímenes y buscar á todo trance la salida por donde pueda escapar hacia su tranquilo prado y dejarse de locas y quijotescas aventuras.

Y no hay más remedio que dejarle salir, porque sino salta por el primer hueco que ve y ya no da juego á la *cuadrilla* de toreros, que son por su pericia y arrojo dignos del buen carácter del toro.

Visto uno se ven todos los de la tarde, que son del mismo corte, salvo que haya algún revolconcillo llevado por algún mozo que se mete á torear por lo fino y resulta con los calzones rotos y el cuero comprometido.

El buen pueblo pasa la tarde entre las más vivas exclamaciones de terror, cuando cree que el toro ensarta al torero; de admiración cuando el torero hace un quiebro y desaparece dentro del tonel dejando al toro como quien ve visiones con

la desaparición mágica; de alegría cuando sale otro toro; de desdén cuando se retira el derrotado; y entre tanto gozar se deslizan rápidas las horas, y llega la del crepúsculo vespertino con sus tintas melancólicas que colorean las crestas de las montañas vecinas.

Nuevamente se escucha el himno vasco, de corte majestuoso en su primera parte y en la segunda con un rápido *allegro* que devuelve la movilidad agitada á los oyentes.

La noche no tiene recreos populares.

El baile en la Municipalidad es de la escuela moderna: se aparta por completo de las costumbres de la montaña y sigue las aguas de los grandes centros sociales.

Bastante lujo y mucho remilgo: ellas y ellos que se miran, se aman, cuchichean y bailan como desesperados, en tanto que el vasco fornido y la vasquita sencilla, rendidos de saltar y brincar con los brazos en cruz y la cabeza erguida, duermen felices y satisfechos, soñando con lo que danzarán al día siguiente.

Enrique Ortega.

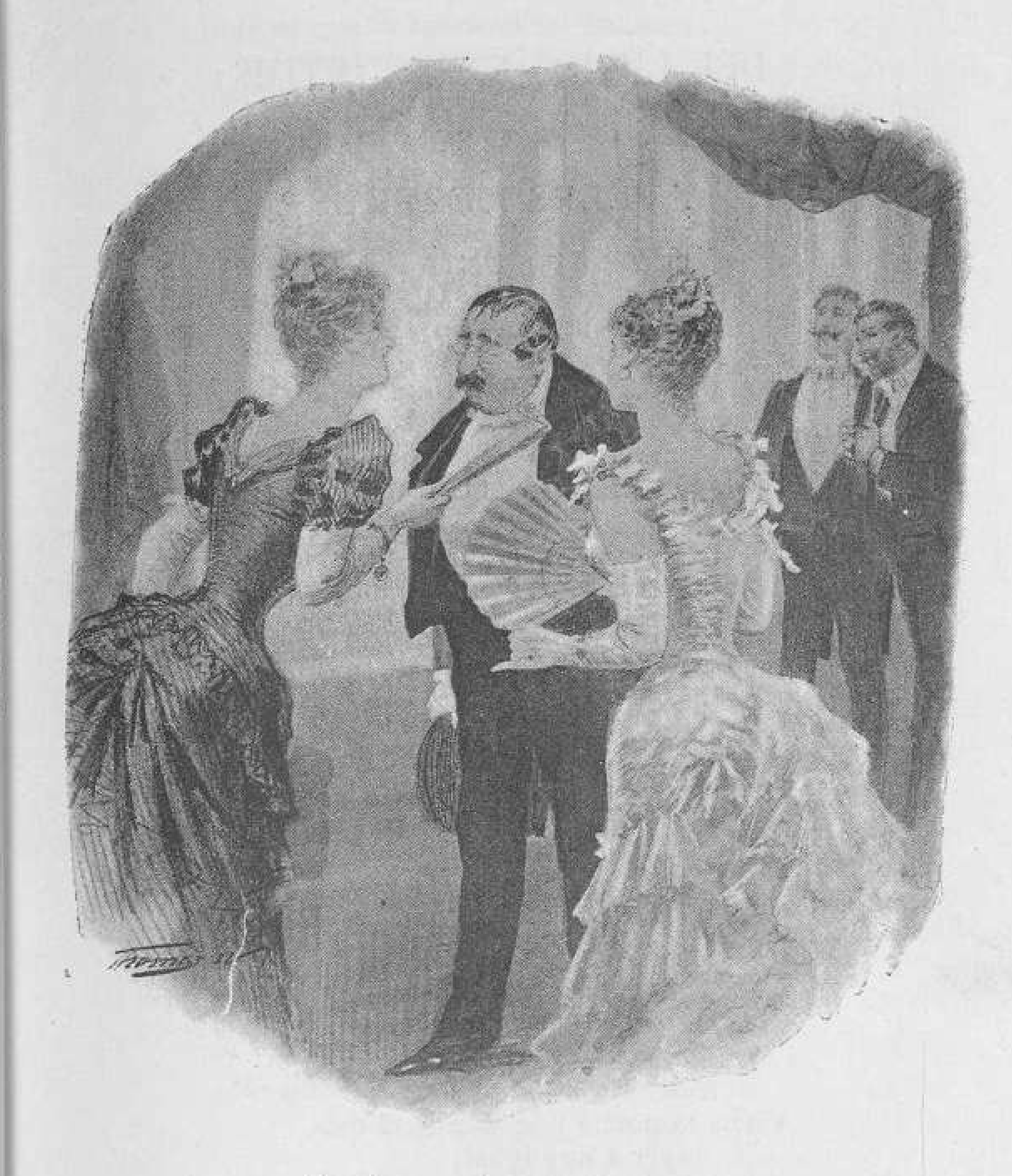


—×—

# EPIGRAMA

—¿Ya se fué el sol? yo pensaba
que eran más largos los días
en Septiembre.
—Pues me asombra,
mujer, que tal cosa digas;
¿no está en Libra el sol? pues bueno,
¿qué sol quieres que entre *en libra*?

# LOS SALONES



—Da risa ver á un anciano
tan serio como tu abuelo,
teñirse de negro el pelo,
que era ayer del todo cano.
¿Quién se ha de tragar, Mariano,
la píldora? ¡ni el más bruto!
—Es que mi abuelo, Canuto,
ha perdido en Santa Fe
una prima hermana!...
—¿Y qué?
—¡Pues hombre, que está *de luto!*

MOISÉS N. CASTELLANOS.

# DEL LIBRO «CANTS ÍNTIMS»

DEL POETA CATALÁN

## APELES MESTRES *

### I

Camina el barco, la arboladura
que el viento azota, cruje y murmura,
y el mar en calma, con sus oleadas
canta que canta, canta baladas.

Camina el barco; se hincha la vela;
los peces cruzan dejando estela,
y entre los palos y entre el cordaje
silba que silba, silba el oraje [1].

De los olajes al movimiento
solo en la popa, mirando atento
cual se va el día, que ya desmaya,
pienso que pienso, pienso en la playa.

Pienso en la hermosa que, triste y sola,
pregunta inquieta por mí á cada ola...
y el pecho late con la esperanza,
y el sol declina y el barco avanza...

### V

Viene la noche y le sucede el día
ayer á hoy igual;
el infinito mar al cielo abraza
y el cielo se une al mar.

¡Mar y cielo! Ni un monte los espacios
se mira limitar;
siempre una ola tras otra, sin que pueda
alcanzarla jamás.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

* Las composiciones I y V pertenecen á la sección de este libro titulada *Marinas*, y las XX y XXIV á *Esparcimientos*.

[1] Viento de tierra.

Bien sé que se sondean los abismos...
empero al ver el mar,
olvidando sus perlas y corales,
pienso en la eternidad!

XX

Cual lobos que famélicos se lanzan
tras cordero indefenso,
las nubes, apiñadas y revueltas,
cruzan el firmamento.

Corren sin ruido, ruedan y se empujan,
apagan mil luceros,
alcanzan á la luna y la devoran
y á oscuras queda el cielo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Dejémoslas pasar! En su carrera
que precipita el viento
veloces desparecen... Más hermosa
la luna brilla luego.

XXIV

Muchos doctores sentenciosos, graves,
y sabios á cual más,
citando, convencidos, en su apoyo
á Charcot y Hanemán,

me auscultaban una á una las entrañas
y luego... á recetar!
«No troquéis los autores,» á decirles
atrevíame ya:

«Si consultáis á Heine ó á Petrarca,
la enfermedad—dirán—
del corazón se cura con un beso,
con morfina ¡jamás!»

J. Trajano Mera.

Quito, 1892.



# LA GRATITUD

Inmóvil y silenciosa, con los negros y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada de encaje y raso, y el delicioso abandono de una muerta que conserva el calor, la amante Lise de Belvelise está reclinada, ó por mejor decir, reposando de muchas y prolongadas caricias.

Se encuentra sumida en una de esas agradables languideces que siguen siempre al amor.

Dormida ó no, Valentín la habla con vehemencia.

—Para merecer, dice, tus tiernas miradas y tus apasionados besos, hice traerte las más elegantes alhajas de todos los joyeros de París; las modistas más afamadas tienen orden de venir á preguntarte todas las mañanas si quieres añadir algún nuevo traje á los infinitos que posees.

»Cuando delante de tus amigas abres los estuches, en los cuales brilla rica pedrería, exclaman deslumbradas y celosas:

»—¿Has cogido con lazo las estrellas de una noche de Agosto?

»Pero no me he limitado á estos medianos presentes: quisiste también tener un amante célebre por su valor: yo me

procuré veinte desafíos terribles, encarnizados, y entre la multitud de juguetes que adornan tu tocador, figura una panoplia, formada con los ensangrentados sables que he traído de los combates.

»Te dió el capricho de que fuese célebre por mi talento, y publiqué infinidad de versos, que son seguramente mejores, por la grandeza de su ritmo y lo original de las imágenes, que los más sublimes poemas conocidos hasta ahora. Pero esto es poco: mi pobre, mi anciana madre, abandonada está en nuestra antigua casa de la Bretaña, porque tú no me permitiste abandonar á París; mi esposa gime también bajo el peso de mi desvío á los dos años de matrimonio, y hasta ignoro el nombre de mis tiernos hijos.

»Pero todo esto son pequeñeces, tonterías, sacrificios que cualquiera haría, sólo por besar tus perfumados cabellos.

»Una cosa me ha sido muy difícil: ser, según tu deseo, el más hermoso y elegante de los hombres.

»En fin, se puede decir, alma mía, que ninguno de tus caprichos te ha sido negado por mi ternura y eres en todo obedecida por el más apasionado de tus esclavos.

»Pero ¡ah! que no fueron infructuosos estos esfuerzos míos: tú me amas, lo sé; me amas, encanto de mi alma, me adoras.

»Te veo abandonarte deliciosamente entre mis brazos, y apoyar con ternura tus labios sobre los míos.

»El nombre de Valentín es el único que hace latir tu hermoso y fiel corazón; en tu generosa gratitud, prefieres á todos, el amante que ha sabido merecerte por medio de regalos y sacrificios que alegrarían el orgullo de la diosa más exigente.

Así hablaba Valentín en su loca alegría de amar y ser amado, y Lise de Belvelise, en tanto, dormida, con los ojos ocultos entre los abundantes cabellos, volvióse un poco hacia su amante y entreabriendo los rosados labios balbuceó:

—¡Raoul!

CÁTULO MENDES.

# EL ÁFRICA

De probar buscaba modo
un francés, lleno de saña,
á un español, que era España
inferior á Francia en todo.
No siendo iguales sus cultos,
hubo choque de opiniones,
y agotadas las razones
empezaron los insultos.
—España, dijo el francés,
sin pararse ya en ultrajes,
es un pueblo de salvajes;
dos veces estuve ó tres
y no ví entre los iberos,
del trabajo poco amigos,
más que frailes y mendigos
y gitanos y toreros.
Y aunque tal vez alguien diga
que insulto á las españolas,
no hay allí más que manolas
con la navaja en la liga.
¿Del arte y la ciencia, acaso,
os encumbraste á la esfera
ni sentís ansias siquiera
de salir de vuestro atraso?
Dados sólo á devaneos,
vivís en tinieblas sumas.
*El África...*
—Según Dumas,
*empieza en los Pirineos.*
Lo sé, dijo con presteza
el español.
—¡Pues de fijo
que cuando Dumas lo dijo
con tan terrible franqueza
y sin temor ni rodeos!...
—También, lleno de arrogancia,
antes que él, un rey de Francia
dijo:—*¡Ya no hay Pirineos!*

Casimiro Prieto.



# Dr. D. Aristóbulo del Valle

EMINENTE ORADOR ARGENTINO

# LOLA

## III

(Capítulo de una novela inédita)

Echaron á repicar las campanas allá en lo alto de las blancas torres. El cielo azul parecía una inmensa bóveda sonora que devolvía en mil ecos el estruendoso martilleo de los badajos en revolución. Y abajo, en el atrio inundado de sol, agitábase la muchedumbre que abandonaba la iglesia después de haber asistido con dudosa unción á la fiesta del Señor de los Milagros. Formaban corrillos los jóvenes, cerca de los grandes pórticos, por donde iban saliendo, una á una y paso á paso, las elegantes damas que frecuentan la iglesia del Socorro durante el invierno.

Empezaron á desfilar, en mareante sucesión, vestidas de seda ó de terciopelo, y llevando en la enguantada mano sus pequeños libros de rezo, todas las hadas de la Avenida Alvear, mezcladas con algunas Cenicientas de esas para quienes el día domingo es las doce de la noche del cuento clásico.

Pronto se llenó el atrio de gente. Relumbraban las chisteras de los hombres, saltando de las cabezas en remolinos de luz y volviendo á caer sobre ellas después de haber cumplido la graciosa fórmula del saludo. Los discos de las sombrillas, al desplegarse haciendo un derroche de colores, semejaban frágiles escudos embrazados por las damas para provocar con su aparente resistencia las amantes acometidas. Al salir de la media luz del templo silencioso á aquel baño de sol y de alegría, una sonrisa iluminaba los semblantes, los ojos buscaban á los ojos, y los corazones palpitaban como si el amor aletease en todos los pechos y quisiese tender el vuelo en dirección á la azulada comba hacia la cual parecían

llamarlo los repiques de las campanas que vociferaban allá en lo alto de las blancas torres...

—

—¿Sabes, mamá, que el día está muy lindo y que es mejor despedir al coche?...

—Como te parezca.

Las dos damas se habían detenido en el pórtico central y hablaban despreocupadamente, sin observar la agitación que en los diversos grupos se produjo cuando ellas aparecieron en el atrio. La calle que habían formado los hombres se ensanchó, y un gran silencio sucedió á los ligeros murmullos que se oyeron en un principio. Los jóvenes más elegantes adoptaron posturas estudiadas, mirando de reojo la caída de sus anchos pantalones y el lustre de sus botines de charol; mientras que los más humildes, los tímidos empleadillos que van á la iglesia á satisfacer con la contemplación muda é inofensiva sus nacientes impulsos amatorios, estiraron sus pescuezos oprimidos por altos cuellos y abrieron tamaños ojos apoyándose en sus bastones de puño de níquel, como si estuviesen á punto de desmayarse.

Grave y reposada, con el aire majestuoso de una princesa, pero sin que se notara el menor asomo de afectación en la natural altivez de su bizarra apostura; vestida de terciopelo negro sobre el cual resaltaban un hermoso collar de oro colgado al cuello y un zig-zag de encajes blancos que le cruzaba el seno como una banda de espuma; rubio el cabello, color de ámbar ligeramente encrespado y recogido en la nuca por debajo de la gorrita que cubría su magnífica cabeza; los grandes ojos muy abiertos, como si bebieran ansiosos la luz por sus pupilas de esmeralda, la heredera de los veinte millones avanzó por entre el gentío seguida de su mamá, una señora corpulenta, de pelo gris, sencillamente vestida de merino negro, aunque de porte tan distinguido y arrogante que desde luego se reconocía que su rango era superior á su atavío. Ambas llevaban libros de misa, de tapas de nácar, pequeños y primorosos.

Entre todos los que tenían clavados sus ojos en la here-

dera, distinguíanse principalmente cinco jóvenes que se habían puesto en fila para verla pasar. Vestían casi de la misma manera, de sobretodo cruzado y sombrero alto, consistiendo la diferencia, más que en otra cosa, en el matiz de las telas, pues dos de ellos lucían abrigos claros, color gris perla el uno, amarillo el otro, en tanto que los tres de mejor aspecto los llevaban azules. Afectando la displicencia de actitudes, que es la más alta expresión del buen tono cuando es natural, cada cual adoptó postura distinta. Uno sepultó la mano izquierda en el bolsillo de su sobretodo; su vecino se echó el bastón al hombro, cual si tratara de hacer guardia de honor, y los demás se pusieron tiesos como maniquíes de sastrería, aunque con la mirada animada por esa expresión de inquietud que ni el más sereno y hábil puede disimular cuando se encuentra en uno de esos grandes momentos de la vida en que va jugando el todo por el todo.

La heredera los midió de una ojeada y sus labios se contrajeron en una sonrisa, entre melancólica y burlona. Avanzó pausadamente, pasó por delante de ellos y los saludó con la graciosa frialdad que hacía la desesperación de sus cortejantes. Entonces, al mirar distraídamente en dirección á un grupo de señoras que se había formado en la esquina del atrio, sus ojos se encontraron con los de Lola Romero, que la miraba de frente, apoyada en su sombrilla, como un matachín en la empuñadura de su espada. Estaba Lola tan mona, tan graciosa con su vestido de seda azul y su sombrero de ala de cuervo, que la heredera no pudo evitar un movimiento de despecho que era la confesión de sus temores. Y lo que especialmente le llamó la atención fué el aire de triunfo, de desafío soberbio que le arrojó *la negra,* con la insolencia de quien tiene asegurado el triunfo de antemano. Echada para atrás, con los labios sonrientes y los ojos entornados, su actitud hablaba con una elocuencia abrumadora. Separó de ella la vista la heredera, y acercándose á una gran victoria, á la que estaba atado un tronco de magníficos rusos tordillos, dijo al cochero, que se había descubierto respetuosamente:

—Puedes irte.

Había en su voz tanta emoción y tanta tristeza, que su acompañante no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué tienes, hija?

—Nada, nada...

Y con un gesto de muchacha voluntariosa, dijo:

—¡Es que esa guaranga!...

Al decir esto señalaba á Lola, que desde lejos, y por encima de los hombros de una rubia envuelta en lujoso abrigo de pieles, seguía crucificándola con la mirada.

Luego, volviéndose hacia la señora estupefacta, exclamó:

—¡Qué tontos son los hombres! ¡Merecen una como ésa!...

JULIÁN MARTEL.

Buenos Aires.

# MEFISTÓFELES

Á CALIXTO OYUELA

Es un diablo gentil; no causa miedo;
conoce el corazón de las mujeres,
y el oro corruptor y los placeres
maneja con el chisme y el enredo.

Por la humana virtud no expone un bledo;
tiene, en cada cuestión, dos pareceres,
y son ante su lógica los seres
del vicio imagen, del honor remedo.

Es un Don Juan escéptico y galante;
dan relieve á su exótica figura
rasgos de espadachín y de estudiante.

El sofisma encubierto es su armadura;
Mefisto es la mentira deslumbrante;
la mala fe, la paradoja oscura.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1892.

(De la *Revista Nacional*, de Buenos Aires).

# CUESTIÓN DE MODAS



—¿Otro vestido?
—Sí... ¡otro vestido!
¿y qué hay con eso, mi señor marido?
—Hay... que no me acomoda
que derroches así mi hacienda toda.
—Ya veo que te exalta;
pero, ¡qué quieres, hijo! me hace falta.
—¿Y el de color café?
—Pasó de moda.
—No me parece á mí...
—Cállate, necio,
y basta de aspavientos y visajes;
de modas y de trajes
¿qué entiendes tú?...
—Lo principal: el precio.

# HORAS DE AMOR

—¿Qué suave rumor de alas, bello Armando,
es ése que se escucha?
—Son las Horas,
que junto á tí, mi bien, pasan *volando*.

CASIMIRO PRIETO.

# BELLEZA ORIENTAL



Á MI QUERIDO AMIGO

# CASIMIRO PRIETO

QUE ME PIDE VERSOS PARA ACOMPAÑAR EL RETRATO DE UNA BELLEZA ORIENTAL

Pulsar la lira cuando el estro falta,
aun persiguiendo la intención más buena,
es como levantar torre muy alta
con pobre base de menuda arena.

Y tú pretendes que mi voz eleve
á la región en donde no me cierno
desde una edad que deslizó muy breve,
pues no hay ni goce ni entusiasmo eterno.

Huyeron, sin volver, las mariposas
de oro teñidas y de azul y grana,
que libaron la esencia de las rosas
en el jardín de mi primer mañana.

¡No sé volar!... ¡La altura me intimida!
Buscando paz, mi numen fatigado
hoy descansa en el valle de la vida
en un paraje triste y sosegado.

Cuando se quiere la canción más suave
en homenaje á la mujer hermosa,
se busca siempre trinadora el ave,
no la que pía en fronda silenciosa.

No puedo, amigo, complacer tu anhelo,
aunque muy fácil para mí sería
decirte que sus ojos son de cielo
y en ellos hay un mundo de poesía.

Que en su rostro hechicero se refleja
todo lo noble que en el alma anida,
y que en la huella de sus pasos deja
la semilla del bien siempre esparcida.

Pero eso fuera la vulgar rapsodia
de un gran poema, traducido en necio,

y el buen sentido se subleva y odia
lo rebajado á miserable precio.

—

Si es una ley, de la razón hermana,
que la belleza de por sí se impone,
¿por qué tú quieres que mi frase enana
el lauro teja que su sien corone?

—

Para incurrir en el elogio pobre
esquiva siempre se mostró mi musa,
y antes que enviarte medallón de cobre
mejor te mando mi fundada excusa.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, Febrero 20 de 1892.

# CANTARES

Habiendo un cielo, extrañóme
oir de *cielos* hablar,
pero te ví tan bonita,
que no me sorprende ya.

—

Que eres como el sol, te dicen,
y no te adulan ni engañan,
pues tienes del sol del cielo
la luz, el fuego... y las *manchas*.

—

No te asomes al balcón,
de mi cariño al reclamo,
pues ha empezado á llover
y salí sin para-rayos.

—

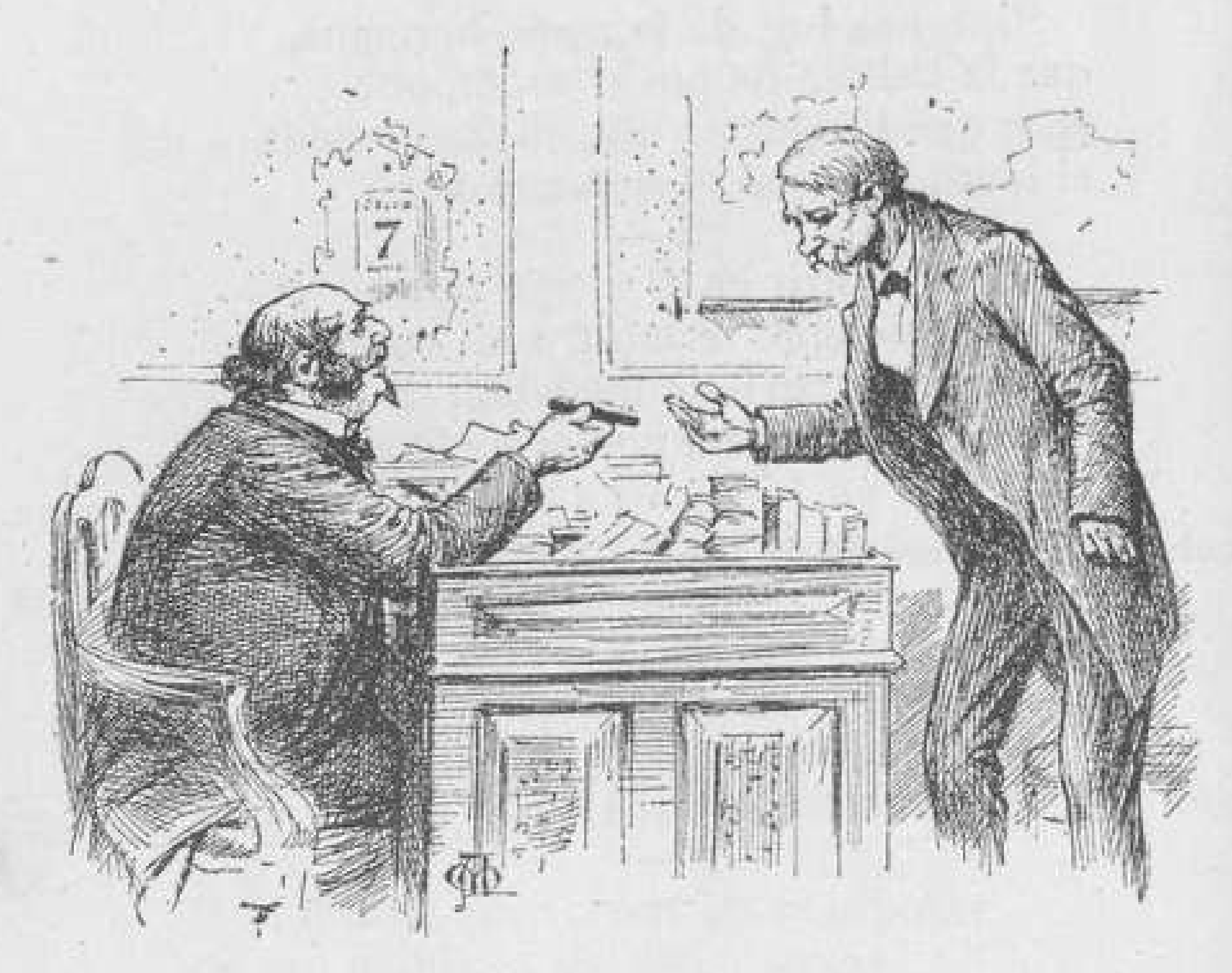
¡*Tuno!* porque te besé
dijiste, y seguro estoy
de que, si otros te ofendieron,
quisiste decir: ¡*Tú no!*

—

De tu amor, los maldicientes
exageran los estragos,
pues si *cegaste* á no pocos,
no dejaste á nadie *manco*.

CASIMIRO PRIETO.

# UN HOMBRE AGRADECIDO



—Acepte usted, don Juan, sin resistencia
este habano.
—Doy gracias á vuecencia
por una honra, que creo inmerecida...
lo fumaré, señor, toda la vida!

# ANTIGUO APÓLOGO

El mango al hacha fáltale,
y el bosque se lo da.
¿A dónde el hacha va?

A destrozar los árboles.
Y al bosque paga así.
¿Qué te recuerda á tí?

« Quien da su fuerza á débiles,
su mango al hacha da,
y el hacha, hacha será! »

Guillermo Matta.

# PICO CON PICO Y ALA CON ALA

Cuando, en los matrimonios mal avenidos ó descompaginados, alguno de los cónyuges solicitaba consejo de nuestros abuelos, éstos, que pecaban de sensatos, nunca pronunciaban fallo, por aquello de para dos sábanas, dos. Nuestros padres, los hombres de la independencia, que no eran menos juiciosos que sus progenitores, dieron jubilación y cesantía á esos refranejos, sustituyéndolos con este:—pico con pico y ala con ala,—refrán inventado por el generalísimo don José de San Martín.

¡Cómo! ¿Qué cosa? Pues así como suena; siga vuesamerced leyendo y lo sabrá.

¡Fuego y más fuego!
Después de un meteisaca
no hay vuelve-luego

* * *

Nada ha hecho más antipáticas á suegras y cuñadas que el prurito de entrometerse en las acciones todas del marido de la hija ó hermana. El que se casa, si aspira á la paz doméstica, tiene que resignarse á ser víctima de la parentela, plaga mil veces peor que las tan cacareadas de Egipto, y dejarse zarandear por ella como niño en cuna. Y ¡ay de él si se subleva y protesta! porque entonces la conjunta, haciendo causa común con las harpías, lo pondrá en condición de buscar la libertad y la dicha en el cañón de una pistola. Casos se han visto. Y lo que digo de ellas lo aplico también, cristianamente se entiende, á ellos; suegros y cuñados.

Felizmente, y para gloria del sacramento, contrato ó lo que fuere, no escasean los maridos que, metiéndose en sus calzones, saben poner á raya gente entrometida en lo que no le va ni viene conveniencia, y que me trae á la pluma